



**LOS
GUERRILLEROS**

**DE
EXTREMADURA
POR LAZARO.**

ENGAGE

PROLOGO DEL AUTOR

La lealtad que debo a los héroes populares, cuyas hazañas y sufrimientos constituyen el nervio de los ocho episodios de que consta este pequeño romancero de nuestra guerra antifascista, me obliga a una confesión. Poco, muy poco hay en ellos que sea fruto de mi imaginación creadora. Apenas puedo poner en mi haber otra cosa que la disposición ordenada de los hechos y la trabazón ideológica que les da unidad narrativa. Hasta en las palabras y expresiones me he ceñido casi siempre a la realidad.

«Los guerrilleros de Extremadura» es, pues, un documento auténtico que agregar a los muchos que formarán el trágico fichero de la lucha que viene llevando el pueblo español contra sus opresores en defensa de la Independencia nacional.

Han sido escritas estas narraciones para los soldados del Ejército del Pueblo. Más concretamente: para ser recitadas en los teatrillos de los campamentos con el gruñido de las ametralladoras y el silbar de los obuses como telón de fondo. Y han sido escritas con una finalidad que proclamo aquí orgulloso: ¡blandir mi pluma como bayoneta contra el fascismo criminal!, ¡hacer de la literatura popular el acicate de los heroísmos del pueblo laborioso de España!. Ocho ráfagas de metralla; ocho bombas de mano lanzadas al engranaje de mentiras e hipocresías de la propaganda de los generales llamados, por befa y escarnio, «nacionales». La verdad, ruda y dura, es mortal para los traidores y tiranos del pueblo español.

Otra advertencia quiero hacer, en interés de los extranjeros que lean este libro. Los hechos que en él se relatan ocurrieron en una zona ocupada por los generales rebeldes que quedó incomunicada de la España republicana. Ahora bien: para cubrir su podrida mercancía con una bella etiqueta, Franco, Queipo y demás compinches llamaron a su ejército de moros, alemanes, italianos y legionarios Ejército Nacional. En cambio, todo el pueblo español en armas contra el fascismo fue motejado desdeñosamente con un color: ¡rojo! Rojo fue todo lo popular, todo lo democrático, todo lo leal, todo lo antifascista.

No se sorprenda nadie de encontrar reflejado este hecho en mis ocho narraciones. El pueblo laborioso de España, los guerrilleros y los milicianos aceptaron orgullosos el calificativo. Siempre fue el rojo el color preferido por los pueblos en sus luchas por la libertad y el bienestar. España tiene también su tradición, Rojas eran las cruces de los Comuneros de Castilla; rojos los pendones de los agermanados de Valencia; rojos el airón de los populares; blanco o azul el distintivo de los aristócratas y de los privilegiados.

Rojos son, desde luego, mis «Guerrilleros de Extremadura». Porque son pueblo español, sangre generosa que bulle con ansias de volver a inundar el mundo de hechos grandes. Entre Medellín y Trujillo se extiende el escenario donde se desarrolla la acción de este libro,

Medellín = Hernán Cortés; Trujillo = Pizarro.

Extremadura, pilar, con Castilla, de la nación española.

LAZARO

LOS GUERRILLEROS DE EXTREMADURA

INTRODUCCIÓN

Soldados del pueblo:

Más allá de nuestros puestos avanzados, más allá del primer parapeto en que vuestros fusiles marcan la frontera de la España antifascista, más allá de la retaguardia de los ejércitos de Franco, Hitler y Mussolini, mantuvieron unos hombres enhiesta su indomable fe revolucionaria por encima del oleaje de la traición que todo lo sumergió: ¡los guerrilleros de Extremadura! Un guerrillero es un soldado sin más apoyo que su propio heroísmo. No sabe de teorías militares, no ha estudiado táctica ni estrategia, no está encuadrado por técnicos del arte de la guerra, no cuenta con servicios regulares de transporte, de intendencia y municionamiento. No cuenta con más recursos que los que le proporcionan su astucia o su desesperación. Es el tábano que pica, vuela, vuelve, zumba y enloquece al toro bravo; es el aguijón de la avispa solitaria que se clava por sorpresa y desazona a un gigante; es el pequeño David capaz de descalabrar a Goliat. Así pelearon «el Empecinado» y Mina frente, a los ejércitos del mayor genio militar de los tiempos modernos: Napoleón Bonaparte. Así pelearon Viriato y sus celtíberos frente a las legiones invencibles de Roma, Así han peleado algunos centenares de campesinos extremeños frente a los ejércitos motorizados y frente a la Guardia Civil, dedicada al exterminio de los trabajadores. El relato de sus proezas y de tus tragedias llenará muchas horas, durante muchas generaciones futuras, al amor de la lumbre, en las largas noches invernales. Yo quiero contaros unas pocas, las que caben en unas breves charlas de vanguardia, en el paréntesis de dos combates.

I

La bandera roja

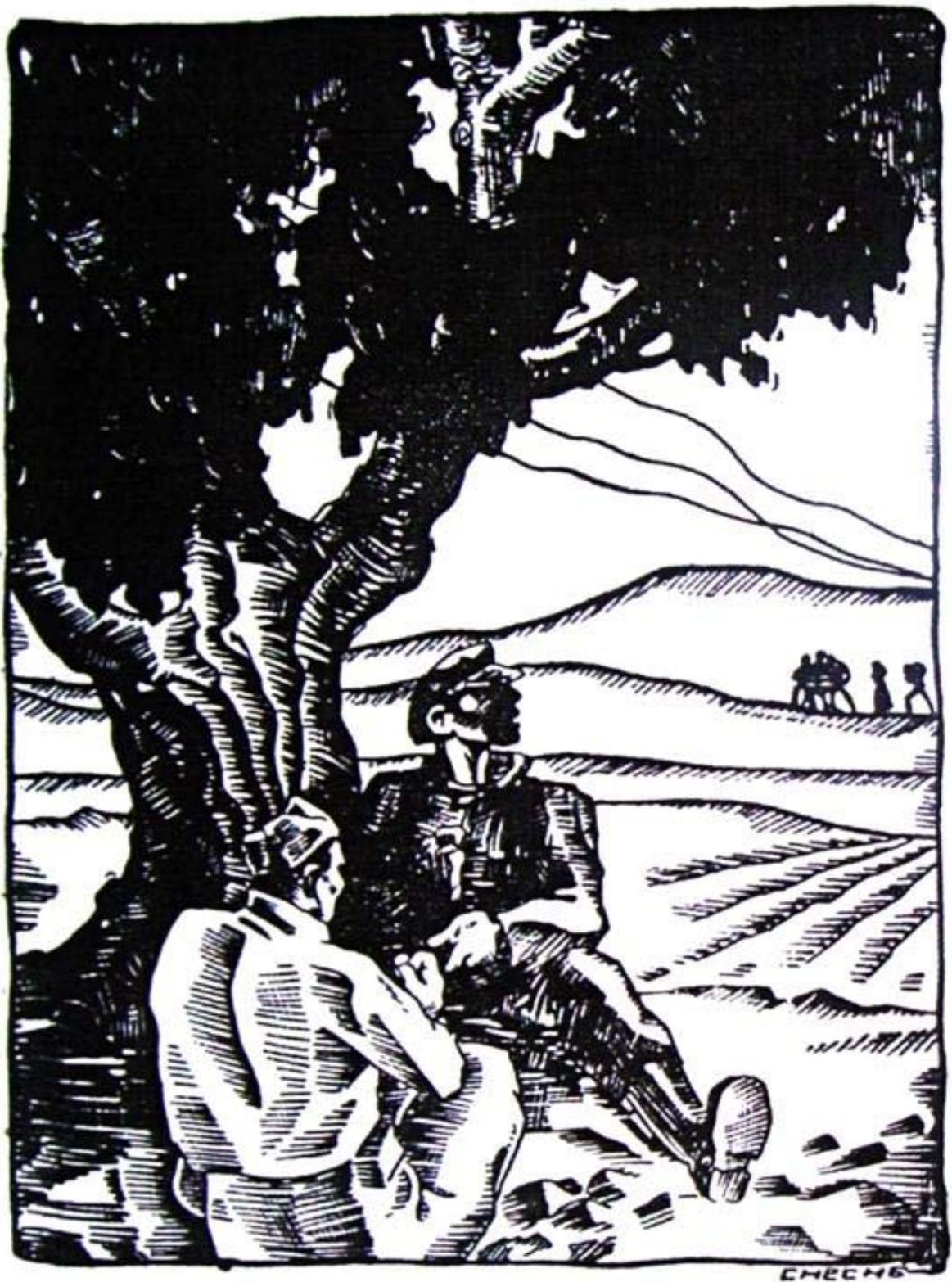
Los nombres de los guerrilleros de Extremadura van a sonar en vuestros oídos por primera vez. No han figurado hasta ahora en ningún parte de guerra. Se trata de trabajadores a los que sorprendió el 18 de julio empuñando la hoz o aventando el trigo de las parvas; como a muchos de vosotros. ¿Quién, fuera de Alburquerque, había oído hablar de Hermenegildo Bautista. «el Morao»? A Francisco Correa, «el Teto», solamente lo conocían en San Vicente de Alcántara, mientras que la fama de Aquilino Bocho no había rebasado el término de Almendral. Mariano Flores ya era más personaje, como lo demuestra el hecho de haber sido nombrado alcalde de Talavera la Real, a raíz del triunfo del Frente Popular.

Todos recordaréis —¿como no, si sois muchos los que lleváis en vuestra carne las cicatrices de su metralla?— aquella columna motorizada, compuesta de legionarios asesinos y de moros sedientos de botín, que avanzó desde Sevilla sobre Mérida, Badajoz, Navalmoral de la Mata y Toledo, con su descubierta de tanques italianos y trimotores alemanes. Muchos pueblos extremeños quedaron emparedados entre la carretera de Sevilla a Mérida y Cáceres, fuertemente guarnecida de tropas facciosas, y la frontera de Portugal. Columnas de falangistas y de guardias civiles fueron tomándolos uno a uno.

Los campesinos contaban sólo con algunas viejas escopetas y los pocos fusiles arrebatados a los destacamentos de la Guardia Civil. Cada pueblo que tomaban los del tricornio y los de las flechas y el yugo, quedaba convertido en un matadero; al cabo de muy pocas noches —porque buscaban las sombras de la noche para cebarse en sangre como las hienas, como los chacales, como los tigres— no quedaban en los pueblos más que ancianos, viudas y huérfano» de trabajadores. Ni siquiera respetaban a los niños; ni siquiera consentían que las viudas desahogasen en llanto su congoja.

Los huérfanos se veían obligados a engullir grandes dosis de ricino, entre la chacota de los señoritos y de los civiles. «Púrgate, caga tu comunismo...», les vociferaba el cura echándolos a la calle con un puntapié. En Alburquerque, falangistas y requetés se llevaron al baile a un centenar de viudas de trabajadores que acababan de asesinar. «A la que llore la fusilamos...», les gritaba el jefe, dándole al manubrio del organillo... En el mismo pueblo mataron a un compañero sindicalista y a su mujer; quiso prohijar a sus seis huérfanos un hermano de la madre, pero dieron un pregón que nadie los recogiese, y durante muchos días estuvieron acurrucados en los quicios de las puertas, como cachorrillos desamparados...

«El Morao» era un trabajador de Alburquerque, militante de las Juventudes Unificadas. Lo llamaban así porque su cara sanguínea, atezada por la vida en el monte y ennegrecida por el sol, tiene el color de las moras cuando empiezan a madurar. Su nombre es Hermenegildo Bautista. El día 20 de julio, dominado Alburquerque por los trabajadores, había subido a la sierra, a pocos kilómetros de la raya de Portugal, con el «Guerrina», y se habían puesto a cortar la corcha de los alcornocos. A la hora de comer bajaron a un manantial que hay cerca del camino que va a la frontera. En esto aparecieron a



...—Déjalos dir— contestó el Guerrín ...

campo traviesa cinco hombres y una mujer. Por su aspecto parecían fugitivos; la mujer y uno de los hombres tendrían cincuenta años; los otros eran jóvenes. Hicieron alto, sin ver a los trabajadores. La mujer se descalzó y se metió en un charco, poniéndose a beber ávidamente del agua cenagosa. «El Morao» la gritó: «Compañera, compañera...; no bebas de esa agua. Aquí hay una fuente.»

Los desconocidos se acercaron; la mujer sació su sed en el manantial. Los hombres espiaban el camino, como si ventearan peligro. «Vámonos ya, padre», dijo el más joven. «Espera un poco; tu madre no puede más.» «El Morao» partió con ellos el pan y el queso, que eran toda su comida. Bebieron de su vino. «¿Está cerca la frontera?», preguntó la mujer. «Cogiendo esta trocha, tropezarán ustedes con los guardias portugueses antes de un cuarto de hora.» Al ir a montar en las bestias, sacó el hombre de más edad una magnífica pistola: «Tómala, muchacho. No la necesito ya.» Otro de los hombres agregó: «Ahí queda en una encina mi pistola ametralladora. Yo me voy a entregar a los guardiñas.»

Se fueron. «El Morao» preguntó al «Guerrina»: «¿Qué gentes serán éstas?» «El Guerrina» se encogió de hombros: «Déjalos dir.»

No habían desaparecido aún entre los alcornoques y encinas cuando llegó un tropel de compañeros de Albuquerque, armados de escopetas y fusiles.

«Oye, «Morao», ¿han pasado por aquí cinco hombres y una mujer?» «¿Qué tenéis con ellos?» «Queremos matarlos, porque son los tíos más criminales que ha parido madre.»

«El Morao» se quedó cortado y balbució: «¿De veras?» «Son los Iglesias, padre e hijo, jefes de la Guardia Civil, que asesinaron, martirizaron y encarcelaron a tantos centenares de trabajadores cuando la huelga grande de los campesinos y cuando la revolución de octubre.» «El Morao» saltó como una perra que oye gemir a sus cachorros: «¡Por ahí, por esa trocha han tirado, hacia la frontera!» Y se lanzó en el rastro.

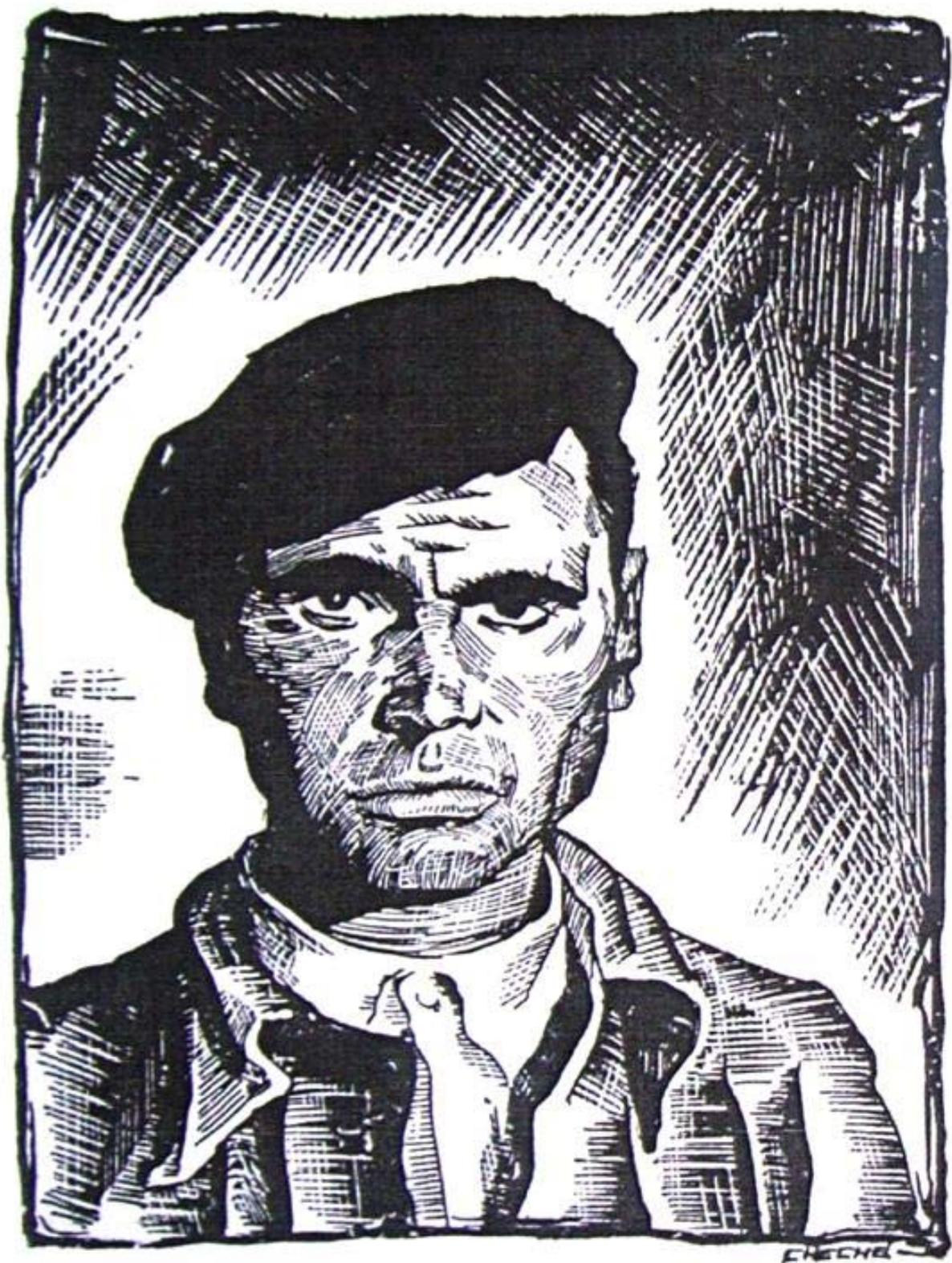
Se oyeron tiros entre los canchales, alaridos de terror por encima de las copas de los alcornoques. «El Morao» no hizo fuego, aunque el dedo le temblaba con ansias de mover el gatillo. ¡No le iba a matar con su propia pistola! Recogió del suelo al padre mal herido, lo llevó a la vera del manantial, le dio de beber haciendo cuenco de sus propias manos.

Volvieron los demás con la mujer que estaba muerta de espanto; se desabrochó el corpiño y empezó a sacar puñados de billetes del Banco de España, Dos gruesos fajos de a mil llevaba en la espalda, sobre la camisa de seda. «¡Para vosotros, para vosotros!...», gemía. «El Morao» se ofendió: «Eso se lo entrega usted al Comité. Nosotros no queremos nada.» El compañero Palomo, que era bueno como el pan e inocente como su nombre, refunfuñó: «A pesar de todo, sería una injuria matar a un hombre a sangre fría.»

Los llevaron al pueblo. El alcalde republicano de izquierdas, los puso en la frontera con todo su dinero y los entregó a los guardiñas portugueses. ¿Hizo bien? ¿Hizo mal?...

Cuando Albuquerque quedó aislado y las fuerzas leales se retiraron hasta Medellín y Oropesa, llegaron los verdugos de uniformes verdes y tricornos negros. Los mandaba Agustín Ramos, el lobo, el alma más negra que se ha engendrado en vientre de mujer. El compañero Palomo, bueno como el pan e inocente como su nombre, fue fusilado a sangre fría... El alcalde republicano huyó. Ramos, el lobo, cogió a su mujer, la llevó al monte, la mató con sus propias manos, dejó el cadáver sobre un canchal y, cuando volvió al pueblo, hizo echar un pregón: «¡Que nadie la entierre!» Se la comieron los grajos, despedazaron su cuerpo los lobos, los hermanos de Agustín Ramos, el lobo más carnicero que se ha visto jamás por las sierras de Extremadura.

Cuando llegó una de las cuadrillas de asesinos a la casa de «el Morao» ya el joven campesino había huido a la sierra, con su pistola, con la vieja escopeta de su anciano padre y lo mejor de la chacina que colgaba del techo de la humilde casucha familiar. La madre se quedó llorando.



Francisco Correa, «El Tetos».

A los pocos días, dando largos rodeos por los bosques de encinas, ocultándose entre las jaras, los brezos y los madroños, se acercó su padre a la sierra y le dejó dos hogazas de pan en un sitio convenido de antemano. «El Morao» lo vio desde los riscos donde tenía su escondrijo. Cuando el viejo desapareció bajó el hijo a recoger los panes. Al día siguiente vio acercarse por el mismo camino a una mujer: su madre. Corrió el hijo, saltando por los canchales, a su encuentro: «Anoche fusilaron a tu padre. Supieron que te había traído los panes. Lo mató Ramos. Hijo, métete en la Sierra del Potrenque. He oído que andan por el Rincón de la Zagala algunos compañeros que tienen fusiles.»

«El Morao» besó a su madre antes de marcharse con el hatillo de panes y el trozo de buen jamón que le había traído. Fue aquel su último beso. También la mató el lobo, también la fusiló Agustín Ramos. Por llevar a su hijo fugitivo un pedazo de pan...

A trescientos metros de la cueva en que se ocultaba «el Morao», se ocultaba, en otra cueva, Francisco Correa, «el Teto», de San Vicente de Alcántara. Se veían cuando asomaban la cabeza por encima de los riscos para otear el horizonte. ¿Pero que sabía uno de las intenciones del otro? La primera condición del perseguido es la desconfianza. En aquellos días en que la muerte se agazapaba detrás de la sonrisa del amigo o en el abrazo fingidamente cordial de cualquier convecino no había más remedio que recelar de todos.

Se tropezaron junto a la fuente que mana más abajo del castillo. Correa, alto, enjuto, renegrido, forjado en la lucha sindical, perseguido ya cuando la huelga grande de los campesinos porque era presidente de la sección de Trabajadores de la Tierra de San Vicente de Alcántara, adivinó que «el Morao» era, como él, un fugitivo. Aquella noche compartieron comida y cueva y se contaron su historia.

El de San Vicente de Alcántara había pretendido atravesar las líneas fascistas. Llegó hasta las orillas del Tajo. ¿Donde estarían los rojos? Decidió volver. Los cañones alemanes tronaban a lo lejos.

Se acercó a su pueblo, Supo que su compañera había dado a luz. A sus hijos los habían hecho objeto de toda clase de vejámenes: la purga de ricino, el paseo por las calles llevando la bandera de Falange, la obligación para el mayorcito de ayudar a misa y de saludar con el brazo extendido... «Mejor sería que me los hubieran matao.»

Alguien dio el soplo de su escondrijo, y un día aparecieron seis guardias civiles a caballo. Huyó. Salieron persiguiéndole. Se metió debajo de un peñasco, en un hueco donde apenas cabía acurrucado, se tapó con unas zarzas, contuvo la respiración. Pasaron los guardias a caballo, pasó a tres metros el perro que llevaban, y que, por verdadera suerte, no tomó el aire del fugitivo. Se oyó llamar hijo de puta, cabrón y asesino...; pero se salvó de muerte segura.

Decidió entonces internarse en la Sierra del Potrenque. Pasó unos días en un cortijo. El cortijero le decía: «Guardias civiles y falangistas andan como sabuesos frenéticos a la caza de «el Teto». Dicen que es un bandido peligroso, pero desde que he visto fusilar a la tantos trabajadores honrados empiezo a tener mis dudas.» Al despedirse de él Correa le confesó: «Yo soy «el Teto». ¿Crees, compañero, que puedo ser un bandido, como dicen los civiles?» El cortijero se abrazó sin decir palabra. Y le cargó de víveres. Y le dio su rifle, arma que el gobernador civil de la provincia le había autorizado a tener porque era hombre de orden. «Diré que me lo has robao... Suerte, compañero, y si has de morir, muere matando.»

«El Teto» y «el Morao» no temieron ya a nadie. Esperaron en la fuente a otros camaradas que solían llegar a ella furtivamente, como los ciervos y las jabalinas, y se dieron a conocer.

Uno de los primeros en llegar fué Mariano Flores, alcalde socialista de Talavera la Real, que capitaneaba un pequeño grupo de trabajadores, Tenían su buena razón para buscar refugio en la sierra. Flores sobre todo. El año 17, cuando la huelga revolucionaria, lo metieron en la cárcel.



Mariano Flores, alcalde socialista de Talavera la Real.

El 34, cuando la huelga grande de los campesinos, Salazar Alonso lo llevó al penal de Burgos. Después de lo de octubre le condenaron a seis años de presidio.

«A los de Talavera la Real, fusiladlos sin más», era la orden que tenían civiles, falangistas y requetés. Los campesinos de Talavera habían desarmado en los primeros días de la sublevación al destacamento de la Guardia Civil que había en el pueblo. Cuando avanzó del Sur la columna de legionarios y marroquíes, formó Flores, con los más destacados miembros de la Agrupación, el Tribunal Popular y aplicó la ley a los terratenientes que confesaron haber dado una gran suma de dinero para preparar la rebelión fascista. Los civiles se cobraron el ciento por uno: más de seiscientos campesinos y campesinas fueron fusilados sin formación de causa a la entrada de los facciosos en el pueblo. Flores llegó, después de mil peripecias, al Rincón de la Zagala.

«El Morao», Correa y Flores reunieron en pocos días veintiún hombres y establecieron su campamento en el castillo. En la Explanada, sobre el árbol más alto, cara a Alburquerque y a las poblaciones en que los fascistas imponían su régimen de terror y de sangre, plantaron una bandera roja. Allí se mantuvo enhiesta durante seis meses, como faro de esperanza a la rosa de los vientos de todos los perseguidos por el lobo Ramos, por el chacal Moscoso, el de Barcarrota, y por los hurones de Falange, que cayeron sobre los campesinos socialistas inermes para saciarse de sangre, para destrozar a dentelladas las ilusiones de los trabajadores, que no habían cometido otro delito que soñar con una España en la que la tierra sea para quien la trabaja y no haya señoritos holgazanes, ni viudas sin amparo, ni chiquillos desharrapados, sin pan y sin escuela. ¡Seis meses salpicados de heroísmos de aquellos campesinos extremeños que la persecución convirtió en leones, pesadilla de Queipo, el «speaker» borracho de Sevilla!

Así hicieron su entrada en nuestra guerra los guerrilleros de Extremadura.

II

El Castillo de la Zagala

El Castillo de la Zagala es una vieja encomienda de los tiempos en que Extremadura formaba la avanzada de los reinos de Castilla y había que estar en guardia contra moros y portugueses. Su último propietario, un latifundista burgués, lo había restaurado; las almenas, los torreones, los emplazamientos para la antigua artillería de plaza fueron reconstruidos por aquel ricacho que suplantó a los primitivos señores feudales, y que, sin cédula real de encomienda, ejercía sobre los campesinos el mismo poder que aquéllos, porque era dueño de la tierra, del ganado de carne, de las bestias de labor, del dinero, Pero la mejor defensa de los veintiún guerrilleros rojos estaba en los precipicios, en las barrancadas, en las matas de los alcornoques, en los encinares, en la jara, donde perdices y conejos burlan al más hábil cazador.

Los hombres que reunieron «el Teto», «el Morao» y Mariano Flores contaban por el momento con poco más que su astucia: una pistola, un rifle y una escopeta que se cargaba por la boca formaban su arsenal de guerra. Cualquiera de los cortijos ricos de la comarca disponía de un parque mejor provisto.

«Lo primero es organizarnos», dijo «el Teto».

Se dividieron en dos grupos: uno estaría de guardia durante el día; el otro, durante la noche. «El Teto» y Flores fueron nombrados responsables de grupo.

Aquel mismo día salieron de requisa. El cortijo de Melera, en el término de La Puebla de Abando, pertenecía a uno de los fascistas más conocidos de la comarca. Un hijo del administrador formaba parte de Falange Española. Se acercaron divididos en dos grupos, el de ataque y el de requisa. Una pistola del nueve largo, un rifle del 46, una escopeta cargada con postas zorreras. No era mucho como armamento. Pero «el Morao» metía una bala a doscientos metros con su pistola como quien da una puñalada; «el Teto» atravesaba un poste del telégrafo a quinientos, y el guerrillero que se hizo cargo de la escopeta se había defendido del boicot a que lo sometieron los amos de la tierra, después de la huelga grande de junio del 34, con una escopeta prehistórica y su habilidad para guiñar el ojo a perdices y liebres.

Pero no habían contado con que por aquellos días estaban en el cortijo el administrador y su hijo el falangista con dos amigos y algunas señoritas de las que se venían ejercitando en el manejo de la pistola mucho antes del 18 de julio, señoritas del temple de la que ayudó a asesinar a Juanita Rico. En total, cuatro buenos fusiles y unas cuantas pistolas detrás del parapeto de tapias y ventanas.

¡Si hubieran tenido los guerrilleros munición! Ocho tiros de rifle, un par de cargadores de pistola y una carga de postas no dan para mucho. El caso era meterles el resuello en el cuerpo mientras el grupo de requisa se alejaba con algunos buenos caballos y una pequeña piara de cerdos.

«El Teto» gritaba sus órdenes a los diez hombres distribuidos en guerrilla: «Disparad sobre seguro. Los de los fusiles, que no me gastéis una bala inútilmente... Vosotros, los de las bombas, no largarlos basta que estéis a diez metros de las ventanas...» «El Teto» ahorrraba tiros de rifle a fuerza de astucia.



CHEME

El castillo de la Zogala.

Los del cortijo disparaban fusiles y pistolas a todo gas. Parecía una batalla de verdad. Uno de los hombres de «el Teto», emborrachado por las astutas fanfarronadas de éste, avanzó con las manos limpias más de lo prudente; cuando «el Teto» dio la orden de retirada tuvo que descubrirse, y fue alcanzado por una bala. Un falangista salió del cortijo armado de fusil, con ánimo de rematarlo. No hacía falta; el guerrillero estaba muerto. Alzó el falangista el pie para dar un puntapié al cadáver, pero a «el Teto» le quedaban todavía cuatro balas en el almacén del rifle. Bastó una para evitar al desgraciado compañero aquella injuria. «El Teto» regresó al castillo con el rifle, un fusil y unas cartucheras bien repletas.

Los tiros de aquel día resonaron en toda la comarca: para los fascistas, como un alerta; para los trabajadores oprimidos y para los que andaban ocultos en los montes, como una llamada a la lucha.

La respuesta de Agustín Ramos, el lobo de Albuquerque, fue inmediata: mutiló el cadáver del guerrillero caído en las cercanías del cortijo de Melera y paseó su cabeza exangüe por las calles de Villarreal, donde había vivido.

El grupo de guerrilleros se acreció muy pronto con nuevos reclutas. Desde la raya de Portugal, donde andaban huidos bajo la protección de los trabajadores de aquella sierra y de los mismos guardiñas de la frontera, llegaron algunos hombres cuya personalidad merece ser destacada. Uno de esos hombres era el sargento Morales, del Cuerpo de Carabineros. Tenía treinta años, era alto, de complexión clara, hombre culto y de buenos modales. Todos lo reconocieron como jefe, aunque los grupos de acción, de veinte hombres cada uno, siguieron actuando a las órdenes inmediatas de «el Teto», de «el Morao» y de Mariano Flores.

A otro de los recién llegados le llamaban «el Fusilao». Era un mozo taciturno. Antes de que lo fusilasen —porque lo de «Fusilao» no era apodo vano— se le conocía en el pueblo con otro: le llamaban «el Prim».

Era «el Fusilao» militante activo de las Juventudes Socialistas Unificadas del pueblo de La Roca. También este pueblo tenía su lobo carnicero: el cabo Esteban, comandante del puesto de la Guardia Civil. Además del lobo, tenía un chacal cobarde, sédiento de sangre: Fernando «el Chili», de oficio matarife y verdugo de vocación.

Eran doce los trabajadores que aquella noche fueron conducidos a la tapia del cementerio. De cuatro en cuatro los fusilaron.

«El Prim» cayó encima de los cadáveres de los ocho primeros. Sólo había recibido heridas leves. Se acercó «el Chili» para darle el tiro de gracia en la nuca. Como a los demás. El roce del cañón de la pistola produjo al fusilado incontenible cosquilleo. No pudo reprimir un leve esguince. Sonó el tiro y la bala se le metió por los músculos del cuello, destrozándole la mandíbula. Oyó la voz del cabo Esteban, que gritaba: «Échales encima unas brazadas de rastrojo y mañana les prenderemos fuego.»

Se alejaron los verdugos, El fusilado se ahogaba entre la paja y la sangre que le llenaba la boca. Esperó un rato. Cuando creyó estar, solo, sin más compañía que la de sus compañeros muertos, se incorporó, se sacudió las pajas, escupió una bocanada de sangre y echó a correr como loco por los olivares, por los encinares, por las matas de alcornoques, en la salvadora obscuridad de la noche, hacía donde le llevaba su instinto.

Atravesó la raya de Portugal, llegó a un horno de cal. Los perros dieron la alarma. «El Fusilao» cayó exánime en brazos de compañeros suyos. Portugal es algo más que Oliveira Salazar y su pandilla. Portugal son los trabajadores portugueses.

Con haces de leña amontonados ingeniosamente hicieron un chozo; con sus mantas le prepararon dentro de él lecho mullido; lo curaron como saben curar las gentes de la montaña, con hierbas y ungüentos caseros. Nadie supo jamás que allí revivía lentamente un fusilado.

Cuando lo vieron completamente restablecido le hablaron de los guerrilleros «rojos» de la Sierra del Potrenque, desenterraron un fusil que tenían escondido y se lo dieron, que era como darle lo mejor que tenían.

Con todos estos elementos aumentó la ambición de los guerrilleros rojos. Llegaban en sus correrías a grandes distancias. Cortaban los postes del telégrafo, interceptaban la comunicación en las carreteras, se acercaban en pleno día a los pueblos.

De noche eran, desde luego, los amos y señores en cien kilómetros a la redonda. De noche podían caminar kilómetros y kilómetros sin sobresalto por las carreteras, porque los fascistas se encerraban en los pueblos. Llegaron a tener ochenta magníficos caballos, con sus buenas monturas. Flores refunfuñaba ante la manía que tenían los jóvenes de requisar potros para domarlos. «Se ponen a relinchar en cuanto nos acercamos a un cortijo, y dan la alarma.»

Flores era hombre práctico. Fue el primero en darse cuenta del partido que se podía sacar de las tuberías de plomo que tenían los señoritos en sus instalaciones de agua de los cortijos y palacios. De plomo se hacen las balas. A los cartuchos de caza que los señoritos tenían en gran cantidad para el perdigón y el conejo había que ponerles balas, como para caza mayor, como para partir el corazón de piedra de un guardia civil.

«El Morao» se pasaba los días en el castillo fundiendo el plomo y haciendo proyectiles. Pero le gustaba más aún preparar bombas con viejas latas de tomate, trozos de herradura, clavos... y dinamita. También dinamita encontraron en los cortijos. Los señoritos no se privaban de nada. Claro que tenían dinamita sin saberlo: en los cohetes y tracas con que amenizaban las fiestas rumbosas que solían dar a sus amistades algunos días del año con motivo de cacerías, tiradas de pichón, etc. «El Teto» había trabajado en las minas y tenía alguna idea de lo que son los explosivos: los cohetes tienen pólvora corriente y tienen asimismo otra materia explosiva más fuerte. La pólvora la aprovecharon para los cartuchos; la dinamita para los bombas.

El día que estrenaron éstas, al rechazar un ataque de un batallón de falangistas y requetés, obtuvieron éxito fulminante. Estos héroes de retaguardia, especializados en el asesinato de trabajadores inermes y en el atropello de mujeres indefensas, creyeron ver obuses donde sólo había latas de tomate. Para excusar su fuga, inventaron cañones. Así nació la leyenda de los cañones del Castillo de la Zagala.

«¡Los guerrilleros «rojos» de la Sierra del Potrenque tienen cañones!», se contaban los trabajadores al oído. «¡Los guerrilleros «rojos» de la Sierra del Potrenque tienen cañones muy grandes para matar a los fascistas!», susurraban las viudas de los asesinados, abrazando emocionadas a sus huérfanos. Y los oprimidos veían próxima la hora de la liberación. Y los injuriados sentían llegar el momento de la venganza.

El sargento Morales fomentaba cuidadosamente entre amigos y enemigos el mito de los cañones. En lo más cerrado de la noche estallaban cerca de la guardia falangista de San Vicente de Alcántara o de Albuquerque media docena de bombas. «El Morao» y «el Teto» permanecían agazapados un buen rato, gozando del inútil tiroteo con que los falangistas agujereaban la quietud de la noche. Luego regresaban tranquilamente a la Sierra. Los pastores amigos y los confidentes de los guerrilleros propagaban al día siguiente el parte de guerra: «Anoche han disparado los «rojos» de la Zagala sus cañones contra Albuquerque.»

Los fascistas de los pueblos de la comarca pedían desesperadamente socorro a Queipo de Llano, que disparaba heroísmos verbales por las antenas de Radio Sevilla. La voz carraspeante, que ha impregnado de olor a vinazo mal digerido los aparatos receptores de media Europa, amenazaba: «A esos salteadores marxistas de la Sierra del Potrenque me los voy a merendar cualquier día de éstos, aunque los rusos, según parece, les hayan enviado cañoncitos.»

Cuando Morales, «el Teto», Flores y «el Morao» se enteraron del eructo de aquel borracho, decidieron hacer una sonada.

«Tenemos que volarles un tren cargado de tropas o cortarles la línea férrea para que descarrile», repetía Flores.

¿Pero cómo? Barajaron mil proyectos. Sus conocimientos técnicos no daban para tanto. «Lo más práctico será asaltar una estación y hacer todo el destrozo que podamos.»

A las diez de una mañana atacaron veinte guerrilleros rojos la estación de Herreruela. Protegían su acción, interceptando las posibles vías de socorro, otros dos grupos. Los empleados escaparon y se escondieron. El tiroteo fue breve; las bajas, escasas. Los guerrilleros destruyeron todo cuanto les fue factible destruir, lo mismo en el edificio de la estación que en las instalaciones de vía y obras. Flores cargó en las bestias una buena provisión de chocolate, bacalao, arroz y otros géneros, para variar el menú de los guerrilleros. Como andaba completamente destrozado se puso un traje del jefe de la estación y le dejó sus andrajos.

La amenaza de Queipo les había metido el diablo en el cuerpo a los guerrilleros. Por aquellos días atacaron la gran finca de Garay, un indiano que invirtió sus millones en comprar una de las mejores fincas de Extremadura. Más de una vez fueron huéspedes de Garay miembros de la familia del Borbón y personajes políticos de primer plano. El palacio se hallaba bien defendido por guardias civiles y falangistas. Los guerrilleros se hicieron dueños del caserío y aumentaron su escuadrón con algunos buenos ejemplares.

Para resarcirse de este semifracaso montaron una emboscada en la carretera general. Sus confidentes les habían dado voz del paso de un autobús de La Estellesa cargado de falangistas que iban a una concentración. Mataron cinco e hirieron a seis. Los demás huyeron en todas direcciones.

Flores sintió verdadera pena por el autobús, que era magnífico, aunque comprendía que cualquier caballo matalón les hacía mejor servicio que aquellos 60 HP., que ardieron hasta no quedar sino el esqueleto de hierros retorcidos. Desahogó su rabia disparando el último tiro sobre los fugitivos, invisibles ya. Luego contó los cadáveres y exclamó: «¡Cochinos fascistas! Se nos han escapado demasiados.»

Hicieron noche en un cortijo deshabitado. De madrugada, antes de amanecer, les llegó aviso de uno de sus confidentes de Alburquerque. Se había concentrado una columna de setecientos hombres para atacar a los guerrilleros en su reducto de la Sierra.

«¡Andando! —gruñó «el Teto»—. Vamos a recibirles como se merecen.»

III

Cinco mujeres rojas

La vida de los guerrilleros del Castillo de la Zagala había ido adquiriendo condiciones más humanas. Ciento cuarenta hombres formaban casi un pequeño pueblo.

El sargento Morales se desvivía por dar organización militar a aquella fuerza heterogénea, compuesta de jóvenes y de adultos, de campesinos curtidos en la sobriedad y de trabajadores menos hechos a la vida dura.

Flores cuidaba celosamente del aumento de las pjaras y del almacenaje de víveres.

«El Teto» con los grupos de requisa se escabullía entre los cortijos, hasta las primeras casas de los pueblos. Aquí le dejaban cien panes en un sitio convenido; allí, una madre o una viuda le llevaban azúcar o sal, en memoria del hijo o del marido asesinados; más allá le esperaba un pastor para contarle el último crimen de Agustín Ramos.

«El Morao», entretanto, fundía el plomo en cacerolas, hacía balas o balines, rellenaba de pólvora o dinamita las huecas bolas de bronce de las escaleras y de las camas de hierro de los cortijos.

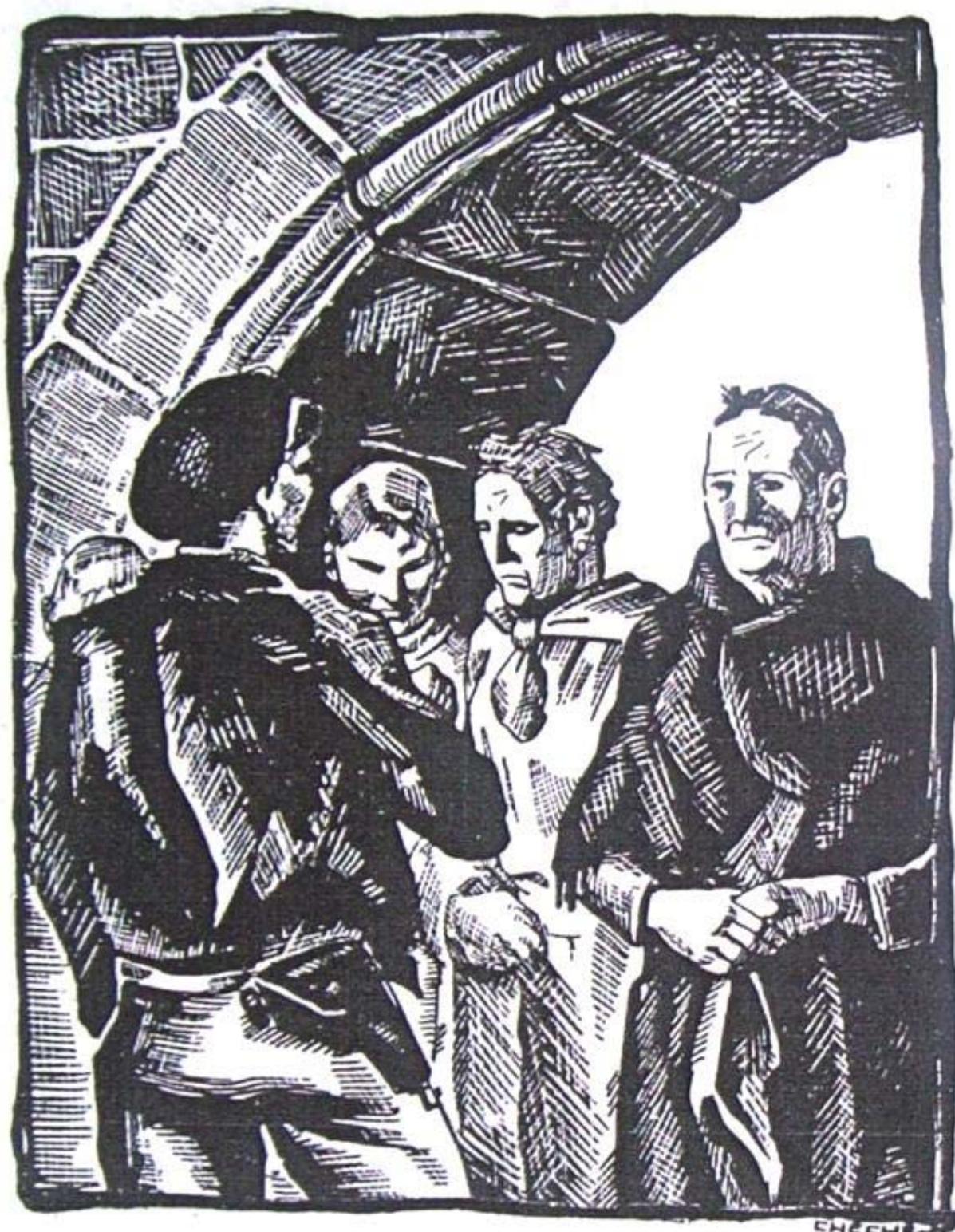
Pero lo que metió una llamarada de calor en todos aquellos corazones de hombres buenos fué la llegada de la anciana campesina Remedios Morgado y otras cuatro mujeres.

Todas llevaban luto en el alma, todas vestían de negro. Llegaron al atardecer. Los guerrilleros que estaban de atalaya las vieron salir de entre una mata de alcornos y dieron el alerta. «¡Mujeres, son mujeres!» El grito corrió como una exhalación por el castillo y por los chozos, que formaban campamento en la explanada. Todos se asomaron al mirador de los precipicios y otearon anhelantes el camino. «¡Mujeres, mujeres!» Estas se detuvieron, indecisas. Una de ellas se adelantó, metió la mano en el corpiño, la elevó luego sobre su cabeza y agitó como airón una cinta. «¡Roja!», clamaron ciento cuarenta voces varoniles.

Sí, era roja la cinta con que las recién llegadas saludaban a los guerrilleros, «El Teto» se precipitó a su encuentro. Saltaba por los canchales como una cabra montés, se descolgaba por las quebraduras de las rocas, se deslizaba con las posaderas sobre los sitios resbaladizos. «¡Rojas, rojas! ¡Son rojas!», balbuceaba, y sus pupilas penetrantes hacían un desesperado esfuerzo para dibujar en aquellos rostros, esfumadas todavía por la distancia, los rasgos de su compañera cautiva.

Llegó a sus oídos una voz temblorosa, implorante, que parecía el balido de una oveja descarriada o el llanto de un recién nacido: «¡Camarada!... ¡Camarada!» Correa acertó la distancia:

«¡Muchachas!»; pero se corrigió en seguida y balbució: «¿Dónde vais, compañeras?» Se corrigió porque una de las mujeres era una anciana de facciones amasadas por el sufrimiento y vientre abultado por diez preñeces y porque la jovencita de la cinta roja llevaba la cabeza rapada como un quinto.



...Todas llevaban luto en el alma...

«Venimos donde los rojos del Castillo de la Zagala. Tú eres de ellos. ¿Verdad que si, hermano?»

A Correa se le atragantó el habla con el recuerdo de su compañera cautiva, y dijo, mitad con la cabeza y mitad con la lengua: «Si..., hermana.»

«¡Bendito sea Dios!», suspiró la anciana, y un coro de llantos envolvió a Correa: «Nos iban a fusilar...» «Han matao a mi compañero...» «Y al mío...» «Mira cómo nos han puesto...» Y las dos más jóvenes le enseñaban sus cabezas peladas al cero.

«¡Cabrones!... ¡Hijos de mala madre!... ¡Cobardes!... ¡Cochinos!...»

Hacia tiempo que a Correa se le había secado la fuente de las lágrimas. Por un momento creyó que iba a rebrotar otra vez. Sintió humedecerse los ojos; pero en lugar de lágrimas brotaron de su boca insultos: «¡Cabrones!... ¡Hijos de mala madre!... ¡Cobardes!... ¡Cochinos!...»

Las llevó a la cumbre por el sendero más fácil: «Servirlas de comer. Lo mejor que haya. Vienen desfallecidas.»

Comieron, rodeadas por la mirada fraternal de aquellos hombres endurecidos por la lucha y el peligro. Flores llevó pieles de gamo de las que servían de alfombra a los señoritos; cojines de seda y una piel finísima para cubrir las espaldas de la compañera más anciana, porque las noches empezaban a refrescar.

Obscureció. Las estrellitas del cielo se asomaron para presenciar los fusilamientos de aquella noche. ¿Se verían, a las doce, los fogonazos junto a la tapia de los cementerios? ¿Aullaría sobre su presa Agustín Ramos, el lobo, a las dos de la madrugada? ¿O esperaría a que el alba corriese su telón de luz para que sólo gozase del espectáculo el lucero matutino?

Antonia, hija de Remedios y madre de Maruja, la de la cinta encarnada, hizo el relato de sus desgracias.

Los guerrilleros rojos bebían sus palabras, que tenían el amargor de las lágrimas propias, el calor de la madre ausente, de la compañera cautiva, de la novia vejada y escarnecida. Flores avivaba de vez en cuando la lumbre para sacudirse de la obsesión de aquel hijo mozo que marchó a defender Badajoz y del que nada había vuelto a saber.

Un mes lo tuvo sin inscribirlo en el Registro Civil porque el juez municipal se emperraba en que Progreso no estaba en el santoral. Pudo más la terquedad de Flores y Progreso se llamó el mozo. «El Teto» pensaba en su hijito mayor llevando la bandera de Falange y en el bautizo del otro recién nacido, porque ese precio impuso el cura del pueblo por la vida de la madre. «El Morao» no tenía persona viva de quien acordarse, y apartaba sus ojos de la vieja por miedo a pensar en su madre muerta.

Las cinco somos familia... Esta es mi madre, ésta es mi cuñada, esta mocita es hermana mía, esta otra es Maruja, mi hija mayor. Cinco hijos más pequeños tengo. Allí han quedao, en La Roca. Para no dejarlos huérfanos, con la esperanza de volver a verlos algún día, he huido del pueblo. Me lo mandó a decir Casilda Vadillo, una solterona que se dedica a espía de Falange. Me trajo el recado una vecina: «Que se vaya, que se vaya en seguida; no sea que sus hijos se queden sin madre.»

Yo me resistía. Se me hacia duro arrancarme de ellos. Saqué fuerzas y fui a ver a otra mujer que yo sabía que era fascista de influencia. «¿No les basta con haberme matao al marido y a dos hermanos? ¿No se han satisfecho con haber pelao a mi hijita y a mi hermana, las dos mocitas de la familia, paseándolas después por las calles del pueblo entre la befa y las groserías de los señoritos?» Me contestó: «El cabo Esteban dice que va a raer hasta la semilla del comunismo. Vosotras, no lo niegues, sois unas comunistas de lo peor. Estáis en la lista pa fusilar tú, tu madre y tu hermana. Mejor es que os marchéis, como os ha mandado a decir Casilda Vadillo.»

Cuando volví a mi casa me encontré con una orden del cabo Esteban para que pasase por el cuartel con mi hija y con mi hermana.

Besé a mis hijos por si no volvía. En cuanto entramos en el cuarto de banderas vi que el cabo Esteban traía muy negras intenciones.

«Hay pruebas de que en los días que los rojos mandaron en el pueblo te dedicaste a requisar en los comercios.» «Me quieren mal los que le han venido con esa calumnia.» «Villares no miente.» «Villares no se atreverá a decírmelo en mi cara. Mi hombre era de la Ejecutiva de la Sociedad de Campesinos, eso es cierto, no tengo por qué negarlo. Pero aunque éramos aquellos días los amos del pueblo, en mí casa no había una peseta. Fui a casa de Villares y le pedí que me fiase unas alpargatas y un poco de chocolate. Tres pesetas valía todo. Hubiera podido llevarme trescientas. Y tres mil. Villares estaba asustaito. Me dijo que hiciese cuenta de que no había llevao nada, que me lo regalaba. Yo había hecho intención de pagárselo de los primeros jornales que ganase mi marido, aunque éramos los amos del pueblo y los comerciantes estaban con nosotras a qué quieres boca... Que venga Villares, que repita su calumnia en mi cara.»

El cabo Esteban dio un puñetazo en la mesa: «¡A mi no me contradice ninguna roja!»

A sus gritos acudieron guardias y falangistas: el «Chili» se acercó a mi mocita y guiñó el ojo al cabo. Este se atusó los bigotes: «¿Qué dirías si ahora gozásemos de vosotras tres, eh?» Sentí frió en el corazón. «¿Eh, qué dirías?» «De mi..., de mi... Yo no soy ya sino una cosa muerta... ¡Qué más me da! Pero de ellas..., de mi hija...» El cabo insistió, dirigiéndose a Maruja: «¿Eh, qué dirías tu?...» Mi mocita contestó con voz temblorosa y débil: «¿Qué diría su hija, que fue conmigo a la escuela?...»

El cabo Esteban soltó una blasfemia; Maruja había soplado en el poquito rescoldo de hombre que quedaba en su alma. «Vosotros —dijo al «Chili» y a los demás, fuera de aquí. Ya habrá tiempo antes de fusilarlas. Tú, mala pécora, no vuelvas a nombrar a mi hija. ¿Crees que no sé que eres la mayor comunista del pueblo, a pesar de que sólo tienes quince años? Tú llevabas la bandera roja en las manifestaciones; tú vendías la letra de esa mierda de canciones revolucionarias, *La Internacional*, *La Joven Guardia* y *Bandera Roja*, tú y la maestra ibais a inaugurar la Sociedad de mujeres rojas. Pero vinimos nosotros. A la maestra ya la he fusilado. ¡Hala! Iros de aquí o no respondo de nada. Ya se las entenderá con vosotras «el Chili». ¡Golfas, putas, arrastradas!»

Nos echó a empellones del cuartel.

Fui a ver a mi hermano mayor y lo puse al tanto de todo. Mi hermano era hombre que nunca se había ocupado más que de su casa. Se echó a llorar:

«Ya no quedamos sino dos hermanos de tantos como hemos sido. ¿Hay familia más desdichada que la nuestra? Vete, hermana; lo que sea de mis hijos será de los tuyos.»

Cogimos algo de comestible y echamos a andar al amanecer. No llevábamos rumbo fijo; habíamos oído hablar de los guerrilleros «rojos». Mi hermano me dijo que estabais en el Rincón de la Zagala, pero nosotras no conocíamos el camino. Mi madre se sintió desfallecer: «No puedo más. Volvamos al pueblo; dejadme morir allí. ¿Qué hacemos cinco mujeres perdidas per estas sierras?» Pero yo le dije: «Madre, mucha fuerza me ha costado el despartarme de mis hijos. Si los viese otra vez no podría marcharme.»

En esto vimos a cierta distancia a un hombre con una oveja y un borrego. Llevaba fusil a la espalda. Me levanté para ir hacia él. «Cuidado, hija, ¿Y si es un fascista y nos lleva presas?» Pero yo llevaba mi idea. Era hombre como de cincuenta años. «Usted, que parece ser de esta tierra, ¿quiere decirme donde están los «rojos»? Se quedó con la boca abierta, mirándome receloso. «Oiga usted, es por esto. Mi hombre se fue con los «rojos» por lo que decían que iban haciendo los fascistas en otros pueblos. Pero en La Roca han echado un bando de perdón para que se presenten los huidos y se pongan



LECHE

... Las estrellitas del cielo se asomaron para ver los fusilamientos de aquella noche...

a trabajar, seguros de que no les pasará nada. Yo he salido a la sierra para buscar a mi hombre y llevármelo al pueblo.»

«El hombre del fusil dejó escapar un grito ronco y me agarró los hombros con sus manos: «¡Mujer, no hagas eso! ¡No vayas! En todos los pueblos han recurrido a esa añagaza para coger a traición a los trabajadores. ¡No vayas, si no quieres perder a tu hombre!»

Me eché a llorar. «Bien perdido lo tengo. Me lo fusilaron..., y a dos hermanos... Hombre mejor que el mío, más trabajador, más de su casa y más fiel a su idea no lo había. Toda la noche se le oyó gemir junto a las tapias del cementerio; le habían herido en las dos piernas. Por la mañana los mató «el Chili». Ahora quieren matarme a mí y abusar de mi hija. Vamos a refugiarnos con los «rojos» del Rincón de la Zagala, pero andamos descarriadas.»

El hombre aquel me señaló este sitio y el camino que nos convenía seguir: «Si esperáis a que entregue estos dos animales» volveré y os guiaré yo mismo.» Parecía un verdadero camarada. Sin embargo, no le esperamos... Nunca sabe una en estos días... Y aquí nos tenéis, para ser útiles a todos los compañeros.»

Mariano Flores se inclinó para atizar la lumbre; no quería que le viesen las dos lágrimas que corrían por su rostro arrugado. «El Morao» carraspeó para sacudirse la emoción que se le agarraba a la garganta. Francisco Correa miraba a lo lejos en la oscuridad impenetrable de los valles, hacia San Vicente de Alcántara,

La noche estaba sumida en silencio. Correa habló al fin: —Camaradas: Estas cinco mujeres van a vivir de hoy en adelante entre nosotros. Hay que cuidarlas como el espejo en que hemos de mirarnos. Nuestras madres, nuestras compañeras, nuestras hijas están allí, entre esos cochinos... Nosotros somos socialistas, trabajadores... Hay que cuidarlas como un espejo.

No dijo más «el Teto». No hacía falta.

Aquella noche durmieron las fugitivas en buenas sábanas de hilo de Holanda. Mariano Flores sacó para ellas lo mejor del ajuar requisado en los cortijos ricos de la región que dominaban los «Guerrilleros de Extremadura».

IV

El ataque de los nacionales

Fue una lástima que el zafio vocero de Radio Sevilla no marchase al frente del millar de requetés, falangistas y civiles que atacaron el Castillo de la Zagala. Los guerrilleros rojos de Extremadura se merecían algo más que aquel atajo de cobardes anónimos: se merecían un general y hasta un generalísimo, para colgarlos de un alcornoque, con sus mismos fajines de gala.

Llegaron por las minas de La Humada, divididos en tres grupos: una ala, los requetés; otra ala, los falangistas; el centro —lazo de unión de todas las infamias y de todas las tiranías—, los tricornios negros. Avanzaban por escalones. Desde mucho antes de ponerse a tiro, daban sus ametralladoras pavorosos aldabonazos. Flores se reía: «Tiran para espantarse el miedo.»

Los gamos corrían alocados en todas direcciones; los guerrilleros rojos permanecían quietos en sus puestos.

Patricio, el de Albuquerque, guardaba un extremo de la línea, con un grupo de cuarenta hombres agazapados entre las cortaduras de las peñas. «El Teto», «el Morao» y Flores flanqueaban con los suyos el camino de las torrenteras; sobre cada canchal diez fusiles, en la copa de cada encina una encopeta, detrás de cada chaparra el ojo avizor de un dinamitero. El sargento Morales defendía el castillo mismo y atendía a todo: «Quietos..., quietos..., que nadie dispare un tiro hasta que yo diga.»

El tac-tac-tac de las ametralladoras, que rebotaba en los canchales y se multiplicaba en los ecos de las torrenteras, se interrumpía de vez en cuando: «Ahora están dando otro saltito hacia adelante» —explicaba «el Teto» a sus hombres— y a continuación, tronaba amenazador: «Al que apriete el gatillo antes de tiempo le meto una bala en la nuca.»

Pasó, cortando el aire con sus silbidos en punta, una bandada de balas invisibles. «Cabrones» —refunfuñó un guerrillero, avergonzado de haber ladeado nerviosamente la cabeza. Una bala le había soplado en la sien, yendo luego a aplastarse en el peñasco que le servía de respaldo—. Flores le puso la mano encima del mosquetón: «Todavía no... Hay que esperar a que estén a tiro de las carabinas y escopetas.»

El armamento de los guerrilleros constituía un verdadero muestrario de artefactos bélicos.

Patricio, el de Albuquerque, vio avanzar con muchas precauciones a un grupo de falangistas, precedido del oficial «¡Me cago en la...! ¡Si es el señorito de la casa de los Sáenz!» Guiñó el ojo, como en sus mejores días de cazador furtivo, y disparó su odio, hecho proyectil, contra el caciquillo. Este dejó caer la pistola, se apretó la barriga con los dos brazos y echó a correr hacia atrás con paso torpe. «Le diste —gritó un guerrillero riendo a carcajadas—. Camina como un pavo.»

Aquel tiro fue la señal del comienzo de la batalla. El chisporroteo de la fusilería se corrió por los canchales. Las copas de las encinas vomitaban plomo; las jaras y las chaparras escupían posta zorrera. El sargento Morales, sereno y previsor, atalayaba los movimientos del enemigo desde lo alto del castillo, daba órdenes y reforzaba los grupos, siguiendo el vaivén de la batalla. Las mujeres tenían preparadas gasas y algodón para curar a los

heridos, según su buen entender. «El Teto» se deslizaba hacia delante, atraído por el imán de una ametralladora. «Nos hace falta ese cacharro allá arriba...Nos hace falta.»

Pero no era cosa fácil arrebatar una ametralladora a los civiles. Estos peleaban bien. ¿Que remedio les quedaba? Su cobardía se atrincheraba detrás de montones de crímenes. ¡Cómo se los harían pagar los guerrilleros rojos, si caían en sus manos! No había opción. Cuando «el Teto» se acercaba demasiado, la ametralladora traqueteaba hasta ponerse jadeante, y las balas rebotaban en los canchales como granizo.

Algunos guerrilleros se retiraron hacia al castillo, señalando su pista con hilos rojos.

De tiempo en tiempo resonaba un estampido horrísono: «¡Buumbaa!... ¡Buumbaa!...» Eran las bombas de «el Morao». Los requetés huyeron a la desbandada. ¡De modo que era verdad! ¡Los rojos del Castillo de la Zagala tenían cañones!

También los falangistas se retiraron después de mucho ruido inútil, dejando cuatro muertos y llevándose numerosos heridos. Ante semejante fracaso la Guardia Civil inició la retirada.

«El Teto» hubiera querido perseguir al enemigo, pero el sargento Morales sabía lo que se hacía: «Bastante será que los rechacemos.» Flores iba de un lado para otro, despertando a la realidad a los jefes de grupo: «A ver si os habéis creído que tenemos el parque de la División militar de Badajoz. Ya haremos luego recuento de cartuchos vacíos para compararlo con el número de muertos del enemigo.»

La batalla se encalmó durante algunas horas. Un zagal de los que avisaban a los guerrilleros los movimientos del enemigo llegó jadeante a las avanzadas y les dijo: «Están disputando fascistas y requetés. Se han llamao cobardes, gallinas y otras cosas. Los civiles les dicen que todos ellos son lo mismo: una mierda; que en buena se han metido por defender los intereses de los señoritos y de los curas. Van a atacar otra vez. Los civiles se quedarán atrás pa disparar contra quien vuelva la cara.»

El segundo asalto fue más vigoroso que el primero y duró hasta el anochecer. Los guerrilleros, bien agazapados, según las instrucciones prudentes del sargento Morales, disparaban a tiro hecho. Causaron a los atacantes gran número de bajas, sufriendo ellos muy pocas. A eso de las siete de la tarde se replegó el enemigo, protegido por la obscuridad. Los guerrilleros se recogieron al castillo, seguros de que nadie les molestaría. Los fascistas iban bien castigados.

Aquella noche sacó Flores un magnífico gramófono para amenizar la cena. Maruja cantó la *Joven Guardia*, y hasta la abuela se descargó del recuerdo de su vida de sufrimientos: alzó el brazo izquierdo con el puño bien cerrado cuando los doscientos hombres entonaron el himno de los parias de la Tierra.

Un buen montón de fusiles y de cartucheras repletas cogidas al enemigo pregonaba su victoria.

«Haremos la descubierta al rayar el alba», dijo el sargento Morales. La descubierta les proporcionó más fusiles y la certeza del descalabro del enemigo.

Los fascistas, para evitar repercusiones en la moral de la población civil, se llevaron sus heridos a los hospitales de Mérida y enterraron los muertos clandestinamente. Pero el parte de guerra de los guerrilleros se esparció por misteriosos conductos por toda la comarca: «Un centenar de bajas han tenido los fascistas en su ataque al Castillo de la Zagala. Los requetés han huido como liebres; los falangistas han tirao las armas para correr más ligeros; los del tricornio aullaban de rabia y de dolor. Los fascistas tienen algunos verdugos menos; los guerrilleros, muchísimos fusiles más.»

Las viudas de los trabajadores sacaban las sillas al medio de la calle y

miraban burlonas con el rabillo del ojo a los señoritos falangistas, que se paseaban luciendo sus camisas azules y sus pistolas. Y gruñían entre dientes: «A todas nos han de vengar los «rojos» del Potrenque.»

La Guardia Civil procuró borrar la impresión de su derrota y echó un pregón por los pueblos diciendo que habían puesto en huida a los bandidos del Rincón de la Zagala. Los campesinos escuchaban al pregonero, se miraban impasibles unos a otros y se sonreían por dentro. Ellos conocían ya el parte de guerra, el verdadero, el que había llegado de boca en oído, de zagal a criado, de pastor a yuntero, de trabajador a trabajador, de pueblo a pueblo.

Pero hubo un fascista alegre y confiado que creyó el pregón. Cogió su escopeta y se echó al monte.

No era un cazador vulgar. Iba de ordinario a caza de emociones, no de perdices. Desde que, gracias a los moros y a los legionarios, se habían hecho las gentes de orden y las personas religiosas dueñas de la situación en los pueblos de Extremadura, nuestro burgués vivía en un verdadero espasmo ahitándose de emociones. En los primeros tiempos asistía a todos los fusilamientos y basta colaboraba —a la chita callando— en ellos. Pero Agustín Ramos, el lobo, alteró el horario. Primero se fusilaba a las doce de la noche; luego se fusiló a las dos de la madrugada y, finalmente, a las cuatro. Eran estas horas incompatibles con los hábitos de un hombre de orden. Nuestro burgués se resignó y fue a las tapias del cementerio a las ocho de la mañana, antes del entierro o de la quema de los fusilados. ¡Qué pequeños y qué canijos parecían aquellos rojos, encogidos ya por el frío de la muerte! El fascista se estremecía de placer examinando los cráneos agujereados, las pecheras de las camisas teñidas en el rojo de los corazones, las caras morenas retorcidas con una mueca suprema de dolor. Y anotaba en un cuaderno fechas y nombres. «Era refinada; estaba con el periodo», anotó junto al nombre de una maestra fusilada...

Se echó al monte, limpio ya de rojos, según aseguraba la Guardia Civil. «Han debido de quedar centenares de ellos para la montanera. ¡Buen jamón van a echar este año las pjaras! A lo mejor tengo la suerte de tropezar entre las chaparras con algunos que habrán quedado malheridos. Los traeré al pueblo para que los fusilen... O los fusilaré yo mismo... Nadie lo verá.»

«¡Dios está en todas partes!...»

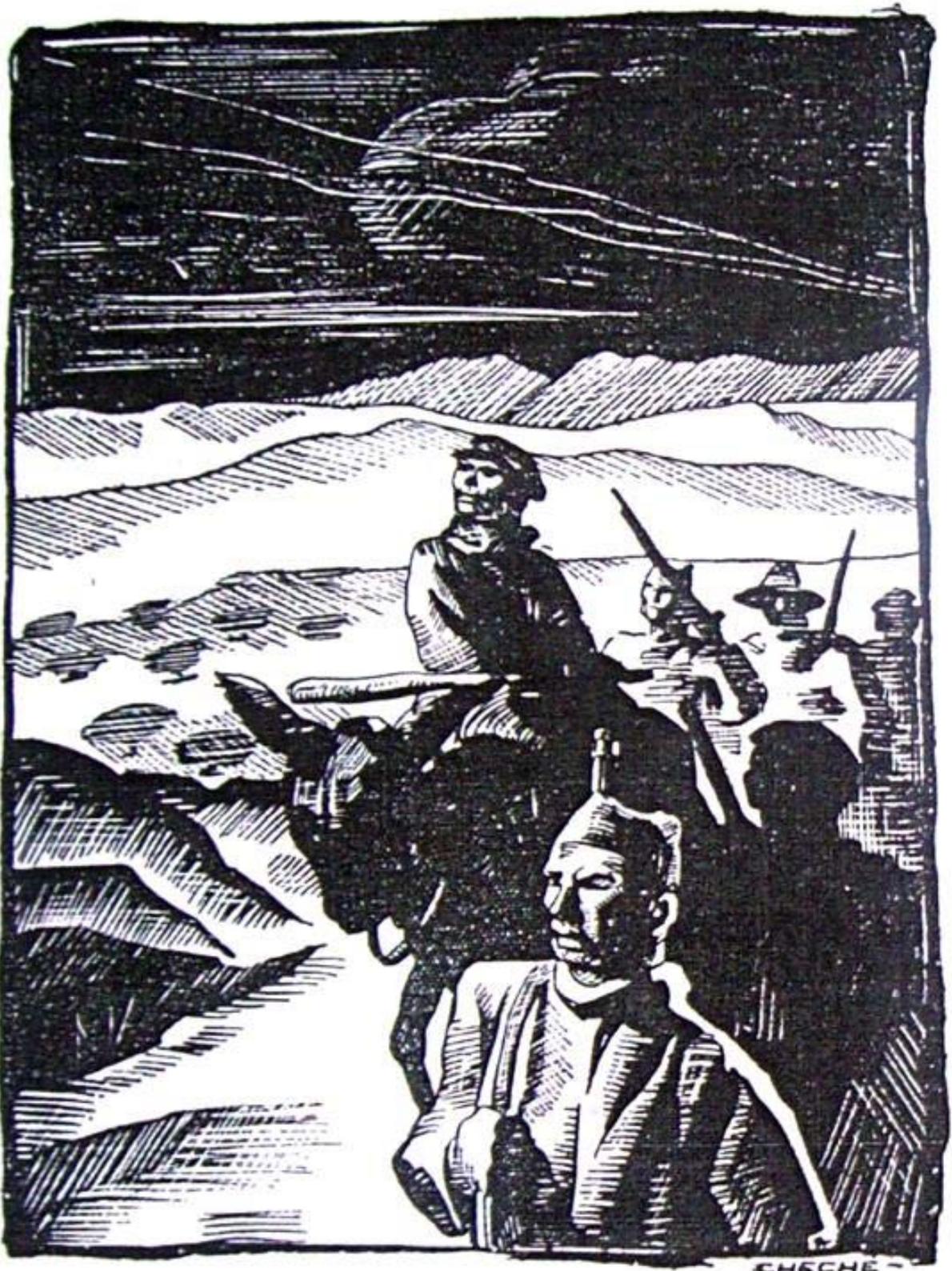
En la última circunvolución del cerebro de nuestro burgués arrebuja en egoísmos e intereses materiales dormía su conciencia. No era una vieja gruñona y aguafiestas, como las conciencias de los trabajadores. Todo lo contrario: tenía mucho de alcahueta redomada y sabía guiñar el ojo izquierdo a todas las picardías y charranadas. De semana en semana se acercaba al confesionario y se vaciaba de toda su maldad... Era una conciencia de burgués católico. Sabía hacer la señal de la cruz y dar al prójimo contra una esquina. En aquella ocasión barruntó peligro y se apresuró a repetir entre sueños la manida muletilla: Dios está en todas partes...»

Más que la voz de la conciencia parecía la alarma del instinto. O eran las dos cosas a la vez.

Pero las perspectivas resultaban tentadoras, y el buen burgués se echó al monte alegre y confiado. Lo vieron venir los del grupo de «el Teto», que salían aquella mañana de requisa. «El Fusilao» y «el Morao» se escurrieron entre las jaras para cortarle la retirada. Correa lo esperó en una revuelta del camino. Los tres le emparedaron a un mismo tiempo. El burgués se quedó como alelado, y en lugar de echarse el fusil a la cara se santiguó.

«¡Dios está en todas partes!» —le gritó furiosa y desmelenada su conciencia—. «¿No te lo decía yo?»

Por eso se santiguó, por eso movió los labios balbuciendo: «¡Virgen Santísima, ayúdame!» Dos muletillas, dos reflejos adquiridos en la niñez: la señal de la cruz y la plegaria.



...lo vieron venir los del grupo de el Teto...

«¡Hola, amigo! ¿Qué se hace por aquí?» «El Teto» sonreía cazurro, sonreía por excepción. De ordinario la cara de «el Teto» permanecía impasible.

«Ya lo ve, amigo: cazando», balbució el burgués.

«También yo he salido a cazar... Y estos dos amigos —señaló a «el Fusilao» y a «el Morao»—. Ya era hora que las gentes de orden pudiéramos tirar al perdigón y a los venaos sin miedo a tropezar con esos canallas de rojos.»

El fascista desinfló su miedo con un suspiro de alivio, ¡Estaba entre los suyos! «El Teto» siguió diciendo: «Así, a lo lejos, pensamos que sería usted algún rojo que andaba descarriado después de la paliza del otro día... ¿Buena se la dimos, eh?»

«El Morao» hizo un guiño a «el Fusilao», pero éste siguió impasible como siempre. El fascista tiró de petaca y ofreció un cigarrillo.

«La verdad es la verdad: más que conejos, buscaba yo rojos para probar mi puntería. Sentí de veras no habar podido acudir el otro día al zafarrancho.»

«Pues aquí nos tiene usted a los rojos», dijo «el Teto».

«El Morao» le puso el cañón de su fusil contra la espalda, a la altura de la paletilla izquierda, y «el Fusilao» gruñó: «¿Le doy sin más?»

El buen burgués, alegre y confiado, puso las manos en lo alto dejando caer la petaca. Empezó a hacer pucheros: «¡En dónde me he metido!...»

Desde unos riscos habían contemplado la escena las mujeres que vivían, en el Castillo de la Zagala. Las cuatro más jóvenes, acompañadas de Mariano Flores y otros guerrilleros se acercaron corriendo.

«Mirar lo que le hemos encontrao a este cochino —le dijo Correa enseñándoles el libro de notas que el fascista llevaba en el bolsillo de la cazadora—. Maruja leyó y se puso lívida: «...Era refinada; estaba...» Le tiró el cuaderno a la cara: «Asesino... bandido... indecente... cochino, cochino, cochino.»

Lo abofeteó.

«¡Y os llamáis personas honradas! ¡Nuestros hombres si que eran honrados y decentes, y nos los habéis asesinado!», le gritó rencorosa Antonia.

«¡Nos las vas a pagar tú por todos!»

Correa puso fin al coro de improperios. Rasgó una hoja del libro de notas del fascista alegre y confiado, y escribió con su letra desmañada:

«Para Agustín Ramos, de la Guardia Civil. Lo maté yo, Francisco Correa, de San Vicente de Alcántara. Por cada uno que tú nos mates, os mataré yo ciento. Te espero en el campo.»

Dio a leer el papel a las mujeres. Estas se lo clavaron al fascista en la cazadora con un imperdible. Maruja le ató las muñecas con la cinta roja que solía lucir sobre su pelo negro antes de que la rapasen los fascistas de La Roca... ¡Así se las habían atado a su padre cuando lo llevaron o las tapias del cementerio!

El fascista se santiguaba con las dos manos juntas, y murmuraba: «Virgen Santísima.» Su conciencia, como loca furiosa, salió dando puntapiés por todas las circunvoluciones de su cerebro: «¡Eres un granuja, eres un asesino, no tienes perdón de Dios, y, además, eres un imbécil, un imbécil, un imbécil.»

El burgués repetía como un autómatas: «Soy un imbécil... ¡En dónde me he ido a meter!»

.....

Se lo llevó «el Fusilao» a donde no le viesen las mujeres. No se oyó ningún disparo de arma de fuego.

«¿Lo has matao?», le preguntaron más tarde aquéllas.

«¡A ver si no!»

«El Fusilao» se pasó la mano por la nuca, como si se le hubiese abierto la cicatriz.

V

Los lobos

La obsesión de los guerrilleros rojos del Castillo de la Zagala era matar al lobo. El lobo era Agustín Ramos, el sargento de La Guardia Civil de Alburquerque.

Cuando los trabajadores españoles quieren concentrar en un nombre la suma de todas las bestialidades y vilezas de que es capaz un ser humano, dicen: DOVAL. El comandante de la Guardia Civil, el verdugo de los mineros de Asturias. Doval, sin embargo, es un corderillo al lado de Agustín Ramos. Con Agustín Ramos sólo puede parangonarse, si acaso, otro sargento: Moscoso, el de Barcarrota. Pero hay, bien mirado, una diferencia fundamental: Moscoso no es del todo fiera. Agustín Ramos, en cambio, no tiene nada de hombre; es el auténtico lobo, aunque la Naturaleza, por uno de esos errores que suele cometer, lo echara al mundo disfrazado de persona.

Por si me está escuchando alguno de los guerrilleros rojos de la Sierra de Monsalud — de los que ya tendré ocasión de hablar— y mueve la cabeza disconforme, quiero dar una prueba de esta afirmación mía.

Moscoso, el sargento de la Guardia Civil de Barcarrota, tenía un hermano: Alfonso. Este permaneció cuatro meses con los guerrilleros rojos de Monsalud; él, sus hijos y sus hijas. Antes de la sublevación fascista, Alfonso había estado ya en la cárcel. Lo metieron en ella los guardias civiles al servicio de la «Riotinto Mining Co.», por haberse atrevido a poner en peligro la cotización de estos valores internacionales, de canto dorado, con una huelga. Alfonso, al cabo de sus fuerzas, agotado por los sufrimientos y privaciones de la vida de los guerrilleros, se entregó a su propio hermano, fiado en el bando de perdón que éste había echado en la comarca.

«Vete p'al cuartel», le ordenó el sargento. Y él mismo le puso las esposas.

Uno de la pareja de civiles que lo iba a conducir le preguntó al oído:

«¿Qué hacemos con tu hermano?»

Y Moscoso, el guardia civil, replicó:

«Si me lo encuentro cuando vuelva al cuartel lo mataré yo. Sí lo has dejado escapar te mataré a ti.»

Le ahorraron el fratricidio, pero en el calabozo del cuartel quedaron los dos hijos del muerto. Moscoso acabó con ellos a tiros de pistola. Sin embargo, no era del todo fiera, no asesinó a las hijas de su hermano fusilado. El sargento Moscoso las recogió en su casa porque eran dos mocitas. Pero antes las hizo pelar en publico, las obligó a tomar ricino hasta salirseles el nauseabundo liquido por las narices, y les dijo estas palabras cariñosas: «No os mato porque estáis a tiempo de enmendaros. Yo os haré fascistas.»

Insisto: Moscoso, el de Barcarrota, no es del todo fiera. Es esto: un perfecto guardia civil. Nada más y nada menos. Las hijas de Alfonso Moscoso, el minero de Riotinto, no habrían salido tan bien libradas si llegan a caer en manos de Agustín Ramos, porque éste es un lobo, además de ser guardia civil.

Agustín Ramos ha matado en Alburquerque, San Vicente y algunos pueblos a los que alcanzaban sus atribuciones de verdugo, más de tres mil trabajadores. Su misma inhumanidad llegó a ablandar los corazones de sus amos,

los caciques, los terratenientes, lograron ponerle freno. Cuando vino la época de barbechar y de sembrar se dieron cuenta de que lo hecho por Ramos era una salvajada. No había brazos en la comarca para hacer las labores. Su horror subió de punto cuando Queipo y Franco llamaron a seis quintas. Pueblo hubo de Badajoz en el que se presentaron sólo tres muchachos. ¡Y en las listas figuraban doscientos!

«¿Pero dónde están los mozos y los trabajadores de este pueblo?», preguntaba en la puerta de la casa Ayuntamiento el alcalde de La Roca. El alcalde fascista preguntaba aquello porque tenía miedo de Agustín Ramos. Demasiado sabía él dónde estaban los jóvenes. Estaban en el cementerio. Perteneían a las Juventudes Socialistas Unificadas. En el cementerio estaban todos, bien enterrados. Menos uno: el «Fusilao», que ése andaba buscando a Ramos, al cabo Esteban y a «el Chili».

«Hay que ser humanos, hay que ser cristianos», empezaron a murmurar los terratenientes, y los administradores, y los subarrendadores, y los acaparadores, y los directores del cartel de fabricantes de corcho, fundado por Cambó, ¿Iba a quedar cortado el suministro de corcho de Extremadura? ¿Tendrían que parar sus fábricas de Bélgica y de Norteamérica?

La orden vino de Burgos o de Salamanca:
«Hay que ser humano hay que ser cristianos.
¡Basta de fusilamientos!

Para entonces habían pasado muchas cosas. Agustín Ramos iba por los pueblos en el automóvil de la muerte.

Le había puesto, en lugar de claxon, una campana como las de los autos de bomberos y las ambulancias... «¿A cuantos fusilarán esta noche?», se preguntaba la gente... ¡Las doce!... Una descarga cerrada...

Ahora los tiros de gracia: ¡uno, dos, tres, cuatro..., ocho! ¡Asesino, asesino, asesino!

Las mujeres de los trabajadores presos se pasaban las noches sentadas en la cocina junto a la lumbre muerta, en el hogar ya muerto... ¡Asesino, asesino, asesino! Se oía en la calle la campana del auto de la muerte... «¡Padre! —Llamaba la hija despertándose sobresaltada—. ¿Ha venido padre?» La madre contestaba: «¡Duerme, corazón, duerme Mañana volverá...» Agustín Ramos se perdía en la noche, dejando una estela de dolor en los hogares de los trabajadores.

El lobo se iba o descansar en su guarida babeando sangre.

El lobo también tenía hijos y mujer; pero no vivía con ellos. Se acostaba con una loba sucia y desgredada que odiaba a los trabajadores. ¿De qué burdel la sacaría?

Agustín Ramos acabó por hartarse de fusilamientos nocturnos en las tapias del cementerio. Se acordó de sus hermanos, los lobos de la sierra. Y empezó a fusilar en el monte, entre los canchales. Eso hizo con el alcalde socialista de La Roca, y echó un pregón que fusilaría a quien moviese el cadáver de donde él lo había dejado

Los lobos de la sierra acudían por la noche al olor de la carne descompuesta. Se acostumbraron al sabor del hombre y solían escoltar, alumbrándolo con sus pupilas fosforescentes, al automóvil de la muerte.

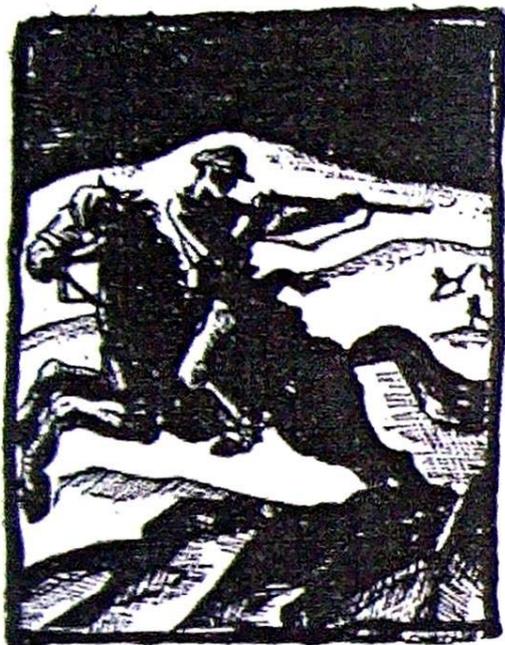


El lobo era Agustín Ramos...

Cuando Ramos se alejaba, consumada ya su obra, se arrojaban sobre los cadáveres, aún palpitanes.

Empezaron a seguir en sus correrías a los guerrilleros, acercándose a pocos metros de los caballos. Mariano Flores fue el primero en comprender, y ahuyentó a tiros a los más audaces: «Se han cebao en carne humana. La culpa de esta injuria la tiene Ramos. Hay que acabar con él sea como sea»

«Ramos ha pasado p'abajo, dentro del auto de la muerte. Barrunto que va de fusilamiento», les fue a decir a los guerrilleros un pastor.



...y ahuyentó a tiros a los más audaces...

No fue preciso más. Todos se ofrecieron voluntarios. «El Teto» eligió sus hombres: al que menos, le había hecho atropellar Ramos la novia.

Se situaron en un recodo, a tres kilómetros de la casilla de un peón caminero. Pasaban las horas y no había barruntos del regreso del auto de la muerte. «¿Le habrán dao el soplo? El caminero de esa casilla nunca me pareció de Ley.»

«¿Habrás tirao por otra carretera?»

Iba ya la tarde muy avanzada cuando acertó pasar una camioneta: con el distintivo de Falange. Fue como poner un trapo rojo delante de un toro bravo. Inútil que «el Teto» amenazase y se desgañitase llamando al orden a su gente.

La camioneta ardió en mitad de la carretera. Solo iban en ella el chofer y un falangista.

En esto los escuchas avanzados hicieron la señal de que se acercaba el auto de la muerte. «¿Veis, animales? —se desesperaba «el Teto»—. ¡Ahora dará media vuelta y saldrá de estampía!»

En efecto, el lobo huyó a todo gas. Aquella noche todo fueron broncas y mal humor en el Castillo de la Zagala.

Para quitar el mal sabor de boca a los guerrilleros ideó «el Teto» una que fué sonada. Habían recibido por los más extraños conductos cierto paquete de manifiestos del Partido Comunista. Al día siguiente aparecieron pegados en las calles de Alburquerque y de San Vicente de Alcántara. Fue una verdadera revolución. Flores había cortado las líneas telefónicas. Las gentes se echaron a la calle sin recato: «¡Ya están aquí los rojos!»

El lobo aullaba de ira. Los terratenientes y los curas se olvidaron de sus consejos humanitarios y hasta de Cristo... «¿Qué os decía yo? —fanfarroneaba Ramos—. Es preciso raer a esta canalla para que no quede ni la semilla.»

Los terratenientes y los curas asentían acobardados.

Pocos días después de estos sucesos llegó hasta el Castillo de la Zagala una advertencia alarmante. Los ricos de la comarca, reunidos en Alburquerque, habían convenido en que era preciso acabar a toda costa con los guerrilleros. Como los generales facciosos andaban muy atareados en los diversos frentes, los terratenientes acordaron entenderse con la aviación portuguesa. Agustín Ramos salió con varios más para Lisboa y contrató, en la suma de veinte mil duros, el bombardeo de la Sierra del Potrenque. Los terratenientes de la zona de Jerez de los Caballeros, más al sur, dieron asimismo dinero para que los aviadores de Oliveira Solazar acabasen con los «rojos» de la Sierra de Monsalud.



...llegó hasta el castillo de la Zagala una noticia alarmante...

Aquella noticia puso en ebullición a las gentes del Castillo, «el Teto», Flores «el Morao» y Patricio conferenciaron largamente y se trazaron un plan de acción muy sencillo: evacuarían aquel picacho y se establecerían transitoriamente en otra altura que distaba dos kilómetros.

Flores y su gente trabajaron con la mayor actividad trasladando los depósitos de víveres, los caballos, las pjaras, todo lo que era de alguna utilidad, hacia el nuevo campamento. «El Morao» se afaná días y días relleno latas de tomate y bolas de latón. No quedó clavo, ni herradura, ni trozo de hierro que no aprovechase. El sargento Morales, ayudado por «el Teto» y Patricio el de Albuquerque, hacía cosas que arrancaban carcajadas a las mujeres: colocaba troncos de árbol apuntando como si fuesen cañones de verdad, armaba monigotes de trapo y los fijaba en sitios muy visibles, ataba las burras y mulas viejas por los ronzales a las piedras para que pastasen en los lugares más descubiertos.

Dos días habían empleado en hacer la mudanza. Al tercero, los vigías de la nueva posición, que pasaban las horas mirando al cielo, gritaron: «¡Ya están ahí!»

A lo lejos se veían unos puntitos negros en el cielo. Se oía rumor de moscardones. Morales hizo correr por los grupos la consigna: «Ver los toros desde la barrera» Todos los guerrilleros se situaron a la sombra de las encinas o en las ramas de los alcornoques para mirar sin ser vistos. Los puntitos negros se fueron haciendo grandes, como palomas, como cuervos, como águilas reales, como aeroplanos. El mosconeo lejano se fue hinchando, hasta convertirse en torbellino de trimotores. Empezaron los pájaros negros a dibujar espírales sobre el castillo... ¡Bumbaaa!... ¡Bumbaaa!...

«¡Están descargando metralla por veintiún dedos!», gritó Flores.
¡Bumbaaa!... ¡Bumbaaa!... ¡Bumbaaa!...

Así hasta un centenar de veces. Cuando vaciaron su carga de trilita se marcharon tan satisfechos. El ruido de los motores impidió a los portugueses oír las carcajadas de los guerrilleros.

Aquella noche la voz aguardentosa del borracho Queipo fanfarroneó desde el micrófono de Radio-Sevilla, entre chato y chato de amontillado fino: «Cuando a mi se me hinchan las narices se acaban los atrevimientos de los marxistas. Los desharrapados de la Sierra del Potrenque pasaron a mejor vida. El facineroso Flores, ese alcaldillo de Talavera la Real, que se atrevió a sentenciar a unos ricos terratenientes por si habían o no habían dado dinero para el movimiento nacional, ha sido despanzurrado por una bomba de nuestra aviación. Era lo que se merecía. Se acabaron los rojos del Potrenque... ¡Cuando a mi se me hinchan las narices...!»

Los alcaldes, por mandato de Agustín Ramos, echaron pregones para que las «rojas» que se sabía que tenían hombres o hijos en el Castillo de la Zagala, se reuniesen en las plazas, desde donde serían conducidas a la Sierra para identificar los cadáveres.

Morales recibía confidencia de todo hora por hora,

Llegaron los alcaldes. Por delante de esos, un millar de falangistas, guardias y requetés. Subieron al castillo, hociquearon por la explanada, se metieron en los chozos. Hicieron inventario de los muertos; ¡¡¡una burra y dos cabras!!!

«¡Hala de aquí!», ordenaron a las mujeres de los «rojos», que estaban muertas de risa. Se las llevaron rodeadas de buena escolta. Algunos guerrilleros querían lanzarse al rescate, pero Morales era hombre razonador: «¿Qué adelantáis? ¿Sabéis acaso si podremos resistir mucho tiempo en esta sierra? Cuando corra la voz de esta burla nos atacarán con una división.»

«El Morao» parecía acometido de hormiguillo. Flores lo tranquilizaba: «Todavía quedan unos centenares de Fascistas allá arriba.»

Se elevó en la explanada del castillo una columna da humo. «El Morao» dejó escapar un grito de triunfo: «¡Ahora viene lo bueno!»

¡Buum!... ¡Buum!... ¡Buum!...

La cumbre se llenó de explosiones, de alaridos, de carreras. Los fascistas se tiraron monte abajo en fuga desordenada. Agustín Ramos se esforzaba por contener la desbandada. Los oficiales y la Guardia civil se desplegaban contra el invisible enemigo. En parihuelas, mulos y caballos se llevaron por docenas los muertos y heridos.

Lo ocurrido era esto:

«El Morao» había dejado en el interior de los chozos, a flor de tierra, tapadas con paja y hojarasca, cierta cantidad de bombas cargadas de dinamita y metralla. Los chozos estaban adornados con lazos rojos con retratos de Lenin y con fotos de los líderes del Frente Popular arrancados de los periódicos. El sentimiento del gasto inútil de sus veinte mil duros y la vista de aquellos emblemas y rostros odiados había exasperado a Ramos: «¡Pegar fuego a todo esto!»

Era lo que «el Morao» había previsto como si se lo estuviesen diciendo al oído. Tan eficaces fueron aquellas bombas que ni tiempo tuvieron los falangistas para arriar y destruir la bandera roja que siguió flotando sobre la sierra como el canto del gallo al amanecer.

VI

Sierra de Monsalud, o la gran tragedia

La Sierra de Monsalud se encuentra al sudeste de Mérida, entre el cruce de carreteras de Zafra y la frontera de Portugal. La desgracia de los compañeros que se refugiaron en ella y que se mantuvieron hasta fines del año 1936, fue el ser muchos en número y pocos combatientes. Momentos hubo de reunirse cuatro mil personas: diez mujeres, niños o ancianos por cada hombre válido; veinte por cada hombre armado.

La Sierra de Monsalud es menos abrupta que la del Potrenque; menos salvaje. Sólo tiene una gran mancha de alcornoques; el resto de la sierra está cubierto de jaguarzos, charnecas y madroñeras.

¿Cómo poner orden en aquella muchedumbre desamparada? ¿Cómo proveer a la subsistencia de tanta gente y defenderla al propio tiempo del enemigo? Los campesinos de Monsalud hubieran necesitado un verdadero caudillo, y sólo había entre ellos hombres valerosos, como Aquilino Bocho, como «el Torero», como los doce carabineros que llegaron con el grupo de huidos de Barcarrota.

Los refugiados en la Sierra de Monsalud procedían de Jerez de los Cabañeros, de Burguillos, de Fregenal de la Sierra, de Valle, de Almendral, de Almendralejo, de Villafranca de los Barros y de Barcarrota. Forman estos pueblos la región más rica y poblada de la provincia. Y también la que mayor contraste ofrece entre la opulencia de los señores de la tierra y la miseria de los braceros y yunteros que la hacen producir. Ninguna comarca de España, quitada la vega de Valencia, puede compararse en feracidad con la comarca de los Barros. El trigo de secano da, en los años buenos, cincuenta simientes; los olivares son manantial inagotable de aceite finísimo; los viñedos, minas de oro líquido. Tan ubérrima es la tierra que, cuando el ministro socialista Prieto inició las obras de los grandes pantanos del Guadiana, terratenientes y latifundistas protestaron: ¿para qué querían ellos quebraderos de cabeza? ¿Qué necesidad tenían de hacer desembolsos de dinero para el embancalamiento de las tierras y la construcción de los pequeños canales de riego? ¿No les producían aquéllas, por los métodos tradicionales de secano, cuanto ellos necesitaban para vivir en la opulencia? Lo que había que hacer era esto: no dar alas a la ambición de los braceros; atar corto a las pretensiones de los yunteros; fusilar al primero que hablase de ir a la huelga y, sobre todo, disolver los sindicatos de la Federación de Trabajadores de la Tierra. Badajoz tenía que ser, por los siglos de los siglos, lo que había sido hasta entonces: ciento cincuenta señores feudales millonarios, con sus lujosos Cadillacs y Rolls, frente a medio millón de trabajadores andrajosos. Botón de muestra: Jerez de los Caballeros, con cuatrocientas dehesas en su término municipal y cuatro mil braceros reunidos en la plaza desde que rayaba el alba, esperando vanamente la mitad de los días del año que les diesen a ganar un jornal, es decir, el pan que aquel día habían de llevar a sus bocas y a las de sus hijos y compañeras. Con tres pesetas de jornal y ciento veinte peonadas al año podían vivir los braceros. Tres haces para el amo de la tierra, por cada tres que se llevaba el yuntero que la trabajaba, la fertilizaba y la sembraba, no era mucho pedir. ¿Qué más podían pretender los campesinos? ¿No les ponían en cada cortijo una iglesia? ¿Qué más podía



Aquillno Bocho, de Almendrol.

exigir de los latifundistas su religión católica, apostólica romana? ¿No tenían en cada palacio o casa solariega una capilla? ¿Qué otra cosa podían hacer por la causa del orden? ¿No habían costeado de su peculio una casa-cuartel en cada pueblo para que en ninguno faltase Guardia civil?

La República del 14 de abril lo había subvertido todo. Por eso conspiraron los terratenientes contra ella. Extremaron sus mimos a la Guardia civil y a los ministros de la iglesia, desde el día 16 de febrero, cuando el Frente Popular Español triunfó en las elecciones. Siempre habían sido para el cura y para el comandante del destacamento los mejores jamones y la mejor chacina de la matanza, la flor de la zafra del aceite, las botellas del vino selecto. Después del 16 de febrero les habrían entregado sus propias hijas. Pero Franco, Queipo, el arzobispo Ilundain y el obispo de Badajoz sólo les pidieron dinero para la conspiración fascista. Los ciento cincuenta grandes propietarios se lo entregaron a manos llenas. Los dos mil campesinos medio ricos que formaban el segundo escalón de aquella sociedad podrida, se alistaron en las filas de los conjurados, con algunos capataces y matones pueblerinos. Cada casa-cuartel fue un centro de conspiración. Las iglesias se convirtieron en arsenales de guerra.

Desde el día 17 de julio hasta el 7 de agosto se libraron terribles combates en todos los pueblos de la provincia de Badajoz. Triunfaron en la mayoría los trabajadores, que estaban desarmados, pero vivían alerta. El Gobernador civil de Badajoz, que recelaba del pueblo y creía a pies juntillas en los juramentos de fidelidad que, puesta la mano sobre el corazón y con el gesto compungido, le hacían los oficiales de la Guardia civil, ordenó a los trabajadores que dejaran en libertad a los destacamentos que aquéllos tenían sitiados o habían desarmado. Los concentró en la capital y quiso apoyarse en ellos contra Queipo de Llano y contra el pueblo. En su insignificancia presuntuosa se imaginó ser el hombre bueno que tercia entre dos adversarios igualmente faltos de razón. Concentró primero la Guardia Civil en la capital y la dividió en dos columnas. Destacó una de ellas a Llerena, importante empalme de vías férreas y de carreteras, verdadera llave de Badajoz. Jefes y guardias hicieron, antes de partir, su milésimo juramento de lealtad a la República. No bien echaron pie a tierra en la estación de Llerena, se sublevaron poniéndose a las órdenes de Queipo de Llano. La columna que quedó en la capital de la provincia permaneció leal hasta que Yagüe, con sus legionarios y sus regulares, entró en Badajoz. Entonces se echaron aquellos «leales» a la calle. El gobernador se puso a salvo en Portugal. Cuatro mil trabajadores, asesinados en la plaza de toros de Badajoz, son el trágico monumento a su incapacidad presuntuosa.

Con la toma de Llerena, Mérida y Badajoz, quedaron cercados los pueblos de una extensa zona de Badajoz y de Huelva. Los trabajadores, muchos de ellos acompañados de sus familias, iban en masa de un lado para otro, desorientados y recelosos, como tropillas de ganado acosadas por los caballistas. Con ochenta fusiles se defendieron en Sierra Alconera hasta el 15 de septiembre. Cuando se les agotaron las municiones, no tuvieron otro remedio que abandonar la excelente posición de Burguillos del Cerro. Entonces refluyeron hacia Jerez de los Caballeros y Fregenal de la Sierra, que era como cerrarse las puertas de la esperanza porque con ello se alejaban cada vez más de la zona defendida por los milicianos y por algunas fuerzas leales.

El 18 entraron los fascistas en Fregenal. Los comités de los pueblos de Badajoz y algunos de Huelva se reunieron en Valencia del Ventoso. Las noticias que llegaban de los pueblos ocupados por los facciosos no podían ser más aterradoras: fusilamientos en masa, saqueos, violaciones y exterminio implacable de trabajadores. Después de muchas deliberaciones adoptaron el acuerdo de dirigirse a marchas forzadas a la zona leal, divididos en varias columnas, que atravesarían de noche la línea de puestos fortificados y de guardias que tenían los rebeldes a lo largo de la carretera de Sevilla y del ferrocarril. El diputado Sosa Hormigo, campesino de Barcarrota, con algunos compañeros enérgicos, dirigiría la primera expedición.

Dos mil personas formaron la columna, con once fusiles y un centenar de escopetas de caza por toda defensa. Los fusileros marchaban delante haciendo la descubierta. Detrás, en mulos, en burros, a pie, la interminable caravana de gente inerme. Las mujeres se relevaban en las cabalgaduras. Dentro de serones de esparto, colgando a uno y otro lado de los lomos de las bestias llevaban a los niños pequeños, como se llevan los melones y los cochinillos al mercado.

Entre polvo, resbalones y cuchicheos, por senderos que sólo conocían los guías, aguzando los oídos al peligro, venteando los fusiles enemigos y las ametralladoras en acecho a la vuelta de cualquier recodo, en la obscuridad, horadada por arriba de estrellas y desgarrada a lo lejos por disparos repentinos de fusilería, fue serpenteando durante horas y kilómetros de agonía mortal de las mujeres y de torvo apretar de mandíbulas de los hombres la columna. Algunos grupos quedaban rezagados al borde del camino, para cerrar los ojos a algún familiar anciano o enfermo que sucumbió de fatiga. Un trémolo de plañidos ahogados rompía el monótono compás de las alpargatas destrozadas y de los pies descalzos. «Vamos, camaradas, vamos», ordenaba la voz grave y firme del diputado Sosa. El grupo ponía sordina a sus lágrimas y se fundía en la masa de sombras y de corazones que latían con una sola obsesión: ¡vivir!

Algún niño, sobresaltado, rompía a llorar, «Calla, vida, no vengan por ti los moros.» El niño se tragaba los sollozos y miraba en la oscuridad con ojos espantados.

Al atravesar la vía del ferrocarril de Mérida, tropezó con ellos una patrulla de regulares. Los fusileros de vanguardia iban muy adelante. El fuego de los mercenarios africanos puso en desbandada al centro de la columna y causó bastantes víctimas. A los ayes de las mujeres y los gritos de los niños, despertó el coraje varonil de los campesinos. «¡A ellos!», gritaron algunos. Con escopetas, con palos, con cuchillos, a cuerpo limpio, se precipitaron hacia el sitio de donde partían los fogonazos. Huyeron los enemigos abandonando sus fusiles, menos un regular, que quedó acibillado a cuchilladas en el terraplén de la vía.

La columna reanudó su marcha. Al clarear el día, fuera ya de la zona de peligro, hicieron alto. Varios compañeros y compañeras se habían perdido en la confusión de la escaramuza. Faltaba también el buen camarada Lorenzana, alcalde desde el 16 de febrero del pueblo de Fuente de Cantos, Más adelante supieron todos su desgracia.

Había dejado Lorenzana a toda su familia en el pueblo. Fuera de su condición de socialista, nadie tenía que decir nada contra este hombre bueno. Mucho menos de su familia. Pero pronto supo que la Guardia civil y los legionarios, azuzados por los señoritos, por los curas y por sus propios instintos sanguinarios, ultrajaban y fusilaban a las familias de los marxistas huidos. Cayó en profunda melancolía. Apenas hablaba. Cuando la columna cortó la carretera que pasa por Fuente de Cantos, el camarada Lorenzana desapareció en la noche. Carretera adelante, como sonámbulo, llegó hasta el puesto de guardia que tenían los fascistas a la entrada de su pueblo. «Soy Lorenzana, el alcalde socialista.» No dijo más. Estaba dormido. Ni aun a culatazos lograron despertarlo. Ni aun al día siguiente, cuando lo ataron por los pies a la silla de un caballo montado por un señorito falangista y lo arrastraron al galope por calles y campos, lograron sacarlo de su letargo. No aulló de dolor. ¡No lloró!... No se despertó nunca más.

Otra columna de diez mil fugitivos intentó días más tarde atravesar las líneas enemigas. Su ruta quedó jalonada por decenas de cadáveres. No había lugar para socorrer a los desfallecidos, ni para cerrar los ojos a los muertos.

«¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!»

El enemigo, puesto en acecho, los barruntó en la oscuridad y se metió como un hachazo, cortando en dos la columna. Tres mil quedaron atrás. La carnicería fue espantosa. La metralla segaba a tientas, indiferente, vidas de hombres, de mujeres y de niños.

Los moros atizaban, con sus alaridos guturales de guerra y exterminio, la hoguera pavorosa de ayes, tiros, estertores y agonía. Como siglos atrás, en el Guadalete, los soldados de Tarik y Muza. Entonces los había llamado un conde vengativo y un obispo ambicioso. Ahora habían venido por cuenta de una taifa de generales, banqueros, terratenientes y obispos, ¡Arriba España!

Los campesinos que aún quedaban con vida cuando los rayos del sol reverberaron sobre millares de manchas rojas de la sangre cuajada, fueron llevados cautivos a Sevilla. Queipo los hizo fusilar. No se hizo presentar pirámides de cabezas cortadas, como Tarik y Muza. Pero aquella noche se emborrachó de Napoleón legítimo. ¡Arriba España!

No todos fueron tan afortunados de morir agujereados por las balas. A Frecha, el joven socialista unificado de Mérida, lo ataron a un árbol. Le acompañaba su novia. Los africanos formaron cola para violarla. Frecha cerró los ojos, encogió el pecho, echó hacia adelante la cabeza y lanzó bocanadas de sangre... Había estallado su corazón. Tres niños aparecieron muertos dentro de un serón, como pajarillos implumes, sin madre, en el nido abandonado. No tenían un rasguño. Se habían encogido para hacerse pequeñitos, pequeñitos y que no los vieran. Los ahogó el espanto. ¡Arriba España!

Las nuevas de la horrenda tragedia se esparcieron por la comarca y ya nadie pensó en otra cosa que en buscar amparo entre los riscos y la maleza de la Sierra de Monsalud, alargando la defensa y las probabilidades de salvación. Y empezaron a luchar como guerrilleros. Aquilino Bocho, de Almendral y otros quince más, armados de fusiles y escopetas, montaron una emboscada en la carretera de Barcarrota. Esperaban a Moscoso, el feroz sargento de la Guardia civil, pero mataron a unos oficiales del Estado Mayor de cierta columna rebelde. Aún deben de estar allí los restos calcinados del chrysler en que viajaban. Al pié del terraplén, por donde se despeñó. Los campesinos de Badajoz aprendieron puntería en escuela inmejorable: la caza furtiva. Cuando hay hambre en casa, cartuchos escasos, escopeta prehistórica y guardas rurales al acecho, no se marra conejo ni perdiz que se pone a tiro. Sobre todo, cuando el cazador furtivo sabe que el guarda jurado lleva en el almacén de su carabina balas dun-dun, como era costumbre en los vedados de las grandes fincas. Al retirarse para la sierra, se llevaron los guerrilleros unas carteras de piel, atiborradas de planos, documentos y algún dinero.

Aquello era mucha audacia. Falangistas y Guardia civil en número de quinientos, intentaron a los pocos días limpiar la sierra. Varias horas duró el combate y terminó con el fracaso de los asaltantes. Sesenta bajas tuvieron, entre muertos y heridos. Mientras duró el forcejeo de descargas, asaltos y retrocesos, las mujeres y los niños permanecieron refugiados sobre una pequeña meseta que hay en lo alto.

Una semana después del vano intento, montaron los facciosos una batería del 105 y abrieron fuego contra los lugares en los que ellos creían que se ocultaban los guerrilleros. Estos se parapetaron, en espera del nuevo ataque, pero los fascistas no se movieron. En quince días no respiró el enemigo sino por la boca de sus cañones. Cierta mañana, precedidos de ráfagas más intensas de su artillería, se lanzaron dos columnas monte arriba. Una era de falangistas, la otra de soldados. Era evidente la desgana que estos últimos ponían en el avance. Los guerrilleros se concentraron casi todos contra los de Falange. Les dejaron llegar muy cerca. Los de las flechas y el yugo eran más deslenguados que valientes. Lanzaron con mejor puntería sus insultos que las balas de sus fusiles. «¡Rojos! Maricones, hijos de tal...» Los guerrilleros, al abrigo de la maleza y al resguardo de los canchales, afinaban la puntería. Sus respuestas de plomo paralizaron más de un corazón. Diez muertos y unas cuantas decenas de fusiles sembrados a boleto por los falangistas marcaron, como flecha indicadora de cobardías el camino que siguieron los deslenguados en su fuga. El combate tuvo epílogo inesperado: falangistas y soldados fuera ya del alcance

de los fusiles de los guerrilleros, se enzarzaron entre ellos, olvidándose de los rojos.

Después de estas escaramuzas, los fugitivos de Monsalud pudieron organizar un poco su vida. El problema que más apremiaba era el de los abastecimientos. Hicieron un rodeo en cierta dehesa de Barcarrota y se llevaron trescientos vacunos. Reunieron varias piaras con más de mil cerdos. Organizaron de modo sistemático requisas en los cortijos de los millonarios. Se hacían dejar las cargas de pan en sitios fijos, a pesar de las terribles represalias que tomaba la Guardia civil con los campesinos sospechosos de simpatizar con los buidos.

Todo aquello no podía durar. El invierno se echaba encima. Las heladas, las lluvias, el frío y las penalidades iban agotando la resistencia de los más débiles. Las compañeras daban a luz sobre lechos de harapos, en la inclemencia de los chozos de ramas y de corcha de alcornoque. Muchísimos días faltó el pan. ¿Qué más daba morir a manos del sargento Moscoso que acabar ateridos de frío y de desamparo? Llegaron emisarios de los pueblos, asegurando el perdón y el olvido del pasado a cuantos se presentasen voluntariamente. Las mujeres y los niños primero, luego los hombres entrados en años, fueron regresando a sus pueblos. El aceite de ricino, las máquinas de rapar al cero, los vergajos y las culatas de los fusiles fueron el castigo de los más afortunados.

Quedaron en la sierra los hombres de pelo en pecho, los que habían estado presos en junio del año 34 cuando la huelga grande de los campesinos; los de octubre; los del 16 de febrero; los que habían ocupado cargos directivos en las organizaciones de la Federación de Trabajadores de la Tierra o en las agrupaciones socialistas; los militantes de los radios comunistas. Queipo lanzaba amenazas desde el micrófono de Radio Sevilla, entre carraspeos, gargajos y tragos. Por aquel entonces llegaron hasta los guerrilleros ciertos emisarios del campo leal. Aseguraron que se les enviarían municiones, fusiles y medicamentos por vía aérea.

Cierto día amaneció la Sierra de Monsalud cercada por multitud de puestos enemigos. Los guerrilleros se recogieron a las cimas. Todos trabajaban afanosamente en la preparación de un campo de aterrizaje para el avión republicano que esperaban. A cada momento escudriñaban el cielo. Uno, de ojos de lince, lanzó el grito esperado:

—¡Aviones! ¡Allá, a lo lejos!

Se apiñaron todos en el lugar más visible; agitaron hacia lo alto rojos pañuelos y corazones jubilosos. Cantaron lo único que sabían cantar como estallido de sus ansias de liberación definitiva: «La Internacional».

¡Buumbaa! ¡Buumbaa! ¡Buumbaa!

Descendieron aullando de rabia destructora las bombas que los Junkers traían bajo sus alas. Las vaharadas de la trilita lanzaron por los aires cuerpos de guerrilleros dejándolos luego en tierra, magullados por fuera, reventados por dentro con el mortal traumatismo de la explosión. La metralla destrozó cuerpos y arrancó miembros.

¡Buumbaa! ¡Buumbaa! ¡Buumbaa!

Maullidos verticales, truenos y retumbos, llamaradas, nubes de polvo, granizadas de peñascos, alcornoces tronchados, vidas cortadas a cercén, como lucecitas de luciérnagas despachurradas por la pezuña de un toro furioso que pide pelea. Los Junkers fueron más afortunados en Monsalud que en el Castillo de la Zagala. Los terratenientes extremeños tuvieron más sangre, masa encefálica y vísceras palpitantes que lo que habían pagado.

«El Torero» dio el sálvese quien pueda. Sólo se salvaron aquellos que conservaron la serenidad y el fusil. Aquilino Bocho fue uno de ellos. A través de mil peripecias y peligros llegó con otros varios a la sierra del Potrenque. Moscoso, el sargento de la Guardia civil de Barcarrota, que había fusilado a su propio hermano y a sus sobrinos, ¿iba a perdonar a estos rojos recalcitrantes, que le habían tenido en jaque tanto tiempo? Dos hermanos del diputado campesino Sosa cayeron en su poder.

Los mutiló y torturó. A uno de ellos —¿por qué he de callar un crimen capaz de cubrir de ignominia a una nación?— lo crucificó. Nada más espantoso que los estertores de una institución que ve truncada su vida por la fuerza de la evolución histórica. La Guardia civil morirá el día mismo del triunfo del pueblo español.

Este episodio de los guerrilleros de la Sierra de Monsalud ha de ser triste hasta en su postdata. Cuando todos habían emigrado o sucumbido, apareció volando sobre las cimas un avión de cola roja. Estuvo describiendo círculos y círculos por encima de la pequeña meseta. Por fin, dejó caer unos paquetes y se alejó. Era demasiado tarde. Se había consumado ya la gran tragedia.

VII

Los Invisibles

La Primera quincena del mes de diciembre del año 1936 había sido de grandes emociones para los guerrilleros rojos. Se acercaba la Navidad, preñada de recuerdos. Aunque todos habían perdido desde muchos años atrás la virginidad de sus creencias religiosas —¿qué les iban a contar a ellos de los curas y de los obispos?—, no podían sustraerse a la influencia sentimental de aquella fecha. Mariano Flores propuso que se celebrase como era debido la Nochebuena. Había que borrar ese día la sensación de soledad que forzosamente experimentarían todos aquellos, compañeros y compañeras que estaban sin hogar y sin familia. La idea fue acogida con entusiasmo. «No ha de faltarnos esta noche nada. Habrá música y hasta vino.»

En efecto, a tres kilómetros escasos de Albuquerque estaba la bodega de Antonio Cuello, famosa en la comarca por sus caldos. Se presentó en ella un grupo de guerrilleros; los obsequiaron con succulenta caldereta y los cargaron con catorce cántaros de lo más añejo. ¡Qué dóciles se habían vuelto los amos!

Para realizar su aprovisionamiento de manjares tiernos se acercaron el día 23 a un cortijo rico, situado más allá de Albuquerque. Dieron grandes rodeos para no tropezar con fuerzas enemigas, que hubieran convertido la operación guerrera lo que sólo quería ser excursión utilitaria. «Nada de tiros», repetía Flores. «Hoy vamos de compras, como los señoritos.» Habían salido del castillo con mucho sol; llegaron a los alrededores del cortijo ya de tarde.

La vida tiene las más extrañas bromas. También los falangistas y los guardias civiles quisieron hacer honor al calendario. También ellos hablan salido de compras en una camioneta. Pensaban alegrar el alma comiendo de lo blando y bebiendo de lo fino, para ir luego a misa y cantar, como intermedio místico entre los asesinatos del 23 y los fusilamientos del 25, los tradicionales villancicos:

«Alégrese el mundo,
que ha nacido Dios.»

Los guerrilleros les vieron pasar en dirección al cortijo. Se impuso el buen sentido de Flores: «Dejarlos que se emborrachen. A lo mejor, se olvidan de que son civiles y no fusilan en dos días a nadie. Tengamos la fiesta en paz.»

Se fueron al cortijo del Pinar, propiedad de los Argamino. Allí encontraron de todo lo bueno: gallinas, pavos bien cebados, azúcar, vino y licores. Cenaron y pasaron la noche. De regreso al castillo toparon con varios pastores que habían guardado sus rebaños en las majadas y se dirigían a los pueblos para pasar la Nochebuena con sus familiares. Los guerrilleros eran gente rumbosa: «Tomad, compañeros, que hoy tiene que llegar *pa toos* los pobres.»

Aquella Nochebuena la iban a celebrar en grande los del Castillo de la Zagala. Las mujeres prepararon la cena con la misma ilusión que lo habían hecho otros años en sus hogares. «No acordarse, hijas, no acordarse», había dicho la abuela. «Aún vivimos... y nos ha crecido la familia.»

«No acordarse, madre», insistió Maruja. «No les faltara nada a nuestros angelitos. La cocina de tío Esteban es grande y la despensa bien provista.»

La madre sonrió a aquella hija, en la que ahora concentraba el amor que antes llegaba para seis hermanos.

La familia del Castillo de la Zagala era entonces de ciento cuarenta personas. Momentos hubo de ser mucho más numerosa. «Han llegado seis de Logrosán», le decían a «el Teto». «Agregarlos al sexto grupo», ordenaba el de San Vicente, «Se han marchao cuatro hombres pa ver si pasan el Guadiana», le anunciaban a Flores cualquier día, y Flores contestaba: «Menos bocas.» Por muy previsor que fuese el alcalde de Talavera la Real, no podía contar con la llegada de los Invisibles. Serían las cuatro de la tarde cuando se presentaron en la explanada del castillo cinco individuos. Se aproximaron a «el Teto», que en aquel momento daba órdenes para el relevo de las avanzadas. Uno de ellos se dirigió a él, en castellano correcto, pero que tenía extrañas inflexiones cantarinas:

—Oye, camarada. Tú eres Francisco Correa, ¿verdad?

«El Teto» se quedó de una pieza, y le preguntó a su vez:

—¿De dónde habéis llegado vosotros?

—De ahí.

El intruso hizo con la cabeza un gesto vago, con el que abarcó sierras y valles.

—¿Por dónde habéis pasado?

Igual gesto escurridizo del interpelado.

—¿No os han dado el alto las avanzadas?

—No nos vieron. Nosotros a ellos sí.

«El Teto» no sabía si indignarse contra la poca vigilancia de sus guardias o pegarle un puñetazo a aquel hombre pequeño, de cara de chino, que le hablaba con tal desparpajo. Los ojillos de éste se iluminaron con dos chispitas de malicia; la boca inició un mohín nervioso, que resultó sonrisa; —Un poco descuidados son los hombres de tus guardias, cierto. Pancho Villa, en tu puesto, los habría hecho fusilar. Sin embargo, la culpa es nuestra. Nos gusta hacer esta clase de jugaretes. Por eso nos llaman como nos llaman: los Invisibles.

—¿Sois los Invisibles?

«El Teto» se quedó como alelado. Desde hacia algún tiempo todos los confidentes de los guerrilleros del Potrenque se hacían lenguas de la audacia de cierto grupo de rojos que actuaba por allí. Nadie los había visto, pero todo el mundo conocía sus hazañas. Una mañana aparecía muerto en la calle de cualquier pueblo un falangista de nota. Sobre el pecho un papel: «¡Los Invisibles!» Otro día aparecía derrumbado un puente. En el pretil, con letras rojas: «¡Los Invisibles!» Otro se encontraban los habitantes de un lugar con un manifiesto, que alguien había introducido por debajo de todas las puertas. Pie de imprenta: «¡Los invisibles!»

Correa examinaba las caras de los recién llegados. Tres eran de la tierra, los otros dos...

—¡Salud, «Teto»!, le dijo uno de aquéllos, adelantándose.

Era un viejo camarada de la Federación de Trabajadores de la Tierra.

—¡Muchacho! ¿De dónde sales? Ya te daba por muerto. Corrió la voz que te habían cogido en Badajoz.

—En Badajoz estuve, cierto, pegando más tiros que una ametralladora. Dos días y una noche nos sostuvimos en la Casa de Correos. Salimos de allí cuando ya no quedábamos más que seis camaradas, y los del Tercio seguían y seguían viniendo, por más que tumbábamos. Me escapé *cargao* con mi fusil y más de trescientos cartuchos. Pero no es cosa de contar ahora mis peripecias. *Pa* tu tranquilidad, todos estos son buenos camaradas.

Hubo un cambio general de apretones de mano y de puños alzados a la altura de la sien.

La llegada del grupo de los Invisibles contribuyó a dar más interés todavía a la cena. Aquella noche cenaron aquellos parias como auténticos señores: salieron a relucir riquísimos manteles de hilo, cubiertos de plata y cristalería de Bohemia, como en los tiempos de esplendor del castillo, morada que fue de señores que contaban con grandes dominios, innumerables rebaños y millares de vasallos. Pasaron de mano en mano grandes fuentes de porcelana de la Cartuja, con pavos dorados nadando en sabroso jugo. Una voz varonil rompió a cantar de pronto:

Esta noche ha llovido,
mañana hay barro;
cuatro mulas hermosas
tiene mi carro.

Cierto mozo de Montijo, que llevaba en el subconsciente veinte generaciones de cristianos y casi otras tantas de musulmanes, sintió que le hurgaban en la sensibilidad muchos siglos de tradición pascual. Todas las células de su sistema nervioso se pusieron a vibrar como cuerdas de violín rozadas por un arco invisible y misterioso. Abrió la boca y se le escapó un villancico:

«Esta noche es Nochebuena
y mañana, Navidad...»

Pero, de pronto, se quedó cortado y corrido, porque todos los guerrilleros se volvieron hacia él con ojos iracundos. Maruja acudió en su ayuda, entonando con su voz cristalina un himno que le enseñó a cantar su maestra, que pagó con la vida semejante crimen:

«Somos la joven guardia...»

Y aquello sí que sonó en todos los corazones como promesa de felicidad y de redención. Los guerrilleros pensaban en sus compañeras vejadas, en sus hermanos asesinados, en sus hijos sin amparo, y sobre sus recuerdos lacerantes caía el bálsamo de la esperanza:

«... los esclavos el triunfo alcanzaran.»

¡Aquel canto sí que era un verdadero villancico!

Uno de los cinco del grupo de los Invisibles hizo ademán de querer dirigirles la palabra. Todos se prepararon a escucharle. Era hombre alto, de complexión clara y pelo castaño. Se expresaba con alguna dificultad, como si le costase trabajo dar con las palabras justas para exteriorizar su pensamiento. Cuando la búsqueda resultaba difícil se ayudaba con un ligero «queje, queje» nervioso. A pesar de hablar muy quedo y sin mirar a sus oyentes, había en sus palabras un no sé qué de hombre militar, acostumbrado a mandar después de haber aprendido a obedecer. Pero si en la concisión se clareaba el militar, en su cuidado del matiz se adivinaba al hombre de entendimiento muy cultivado.

«—Camaradas: Yo soñé muchas veces con ser guerrillero, y, al fin, he llegado a serlo. Me encuentro muy satisfecho entre vosotros, que sois también guerrilleros. Hay una diferencia: yo lo soy por mi voluntad, vosotros no habéis tenido más remedio. Y esta otra: yo vengo de muy lejos.»

«—¿De dónde?—», preguntó Flores sin poder contenerse.

El recién llegado ni siquiera alzó la vista:

«—De lejos... de aquí, de allí, de todas partes. Yo os digo, camaradas guerrilleros de Extremadura, que hay en todo el mundo millones, decenas de millones, centenares de millones de hombres y mujeres que viven, desde hace seis meses, con el corazón puesto en vosotros, los trabajadores de España. Cien millones, quinientos millones de voluntades vibrando con vuestra misma voluntad de vencer, sufriendo con el diario relato de vuestros dolores, son como una gigantesca central de energía humana, que os envía constantemente

su fuerza para que no desfallezcáis; son como un inmenso depósito que atrae hacia sí vuestras amargas para que no lleguen a ahogaros. Yo soy uno de esa masa de millones de trabajadores. Hay, además, unos hombres que, en el retiro de sus gabinetes de trabajo, van reuniendo y sistematizando las lecciones que se desprenden de todas las derrotas y de todas las victorias de los trabajadores del mundo. Esos hombres estudian la marcha de la Humanidad, por encima de las fronteras que la dividen; dirigen la gran batalla de los pueblos contra el fascismo. Esos hombres han movilizadado en vuestra ayuda a todas las fuerzas populares del viejo y del nuevo mundo. Por eso estoy yo aquí, movilizadado de guerrillero.»

Con ojos y oídos le escuchaban aquellos parias. Creían soñar. ¿Era cierto lo que oían? ¿No estaban, pues, solos entre tanta desolación? Sentían llegar en oleadas de cariño la solidaridad de los trabajadores del mundo, de los ya libertados y de los que aún luchaban por romper sus cadenas. La anciana Remedios balbució:

«—¿Quién eres tú que así nos hablas?»

El recién llegado se sonrió, sin mirar:

«—Uno.... José Pérez... ¿para qué quieres más...? Un trabajador... un hermano.»

Maruja, la mocita, que le escuchaba anhelante, le disparó a bocajarro: «—¿No serás tú Dimitroff?»

El recién llegado soltó una risa franca, de buen muchacho:

«—No, hermanita. Soy un soldado, ¡hay tantos como yo! El camarada Dimtroff es un general, un gran general de los antifascistas del mundo.»

Maruja confesó, ruborizada:

«—Cuando Hitler lo tenía preso, yo llené todas las puertas y paredes del pueblo con letreros: «Salvemos a Dimitroff de las garras de Hitler.» «¡Exigimos la libertad de Dimitroff!...»

«—Ya ves tú, hermanita. Sin sospecharlo, trabajabas ya por el triunfo de los antifascistas españoles.»

«—Otra vez escribí, hasta cansarme el brazo: «¡Vivan los soviets chinos!...» Se me burlaron todos... ¿Qué tenían que ver los soviets chinos con la revolución española?, decían.»

«Para distinguir la ligazón que hay entre las luchas de todos los trabajadores del mundo contra la tiranía se precisan ojos de águila; hay que llamarse Carlos Marx, Engels, Lenin, Stalin o Dimitroff... Estos hombres son los que han hecho comprender a centenares de millones de trabajadores que nuestra guerra interesa a toda la humanidad. Por eso hemos venido nosotros desde todos los países de los cinco continentes.»

El hombre de pómulos abultados y ojillos de forma de almendra, que hablaba el castellano con tonillo cantarín, le dijo a «el Morao»:

«—Yo te enseñaré a volar un tren como los volaba Pancho Villa»

Los otros tres Invisibles, que eran de la tierra, explicaron, orgullosos:

«—Hemos hecho saltar puentes, hemos destruido depósitos de armamento del enemigo, hemos hecho volar por los aires camiones cargados de «nazis» alemanes. Antes de encontrar a estos camaradas no sabíamos. Tampoco sabían otros grupos de huidos que andaban por ahí como vosotros, derrochando heroísmo. Más daño les hacemos a los facciosos cinco Invisibles que quinientos de vosotros.»

El que había hablado en primer lugar siguió diciendo:

«—Si, camaradas. Hay que ser guerrilleros a la moderna. Veinticinco de vosotros, bien entrenados, con la ayuda que nos presta toda la población trabajadora, bastan para tener en jaque en esta zona a las fuerzas del enemigo... Sois muchos... ¿Qué haréis cuando los fascistas, hartos de las mil molestias que les causáis, os acometan y rodeen con varias columnas?» Morales contestó por todos:

«—No tendríamos más remedio que intentar escapar» a fuerza de astucia y de reaños, hasta Medellín.>

«—Quiero decir algo más. Por muy útiles que sean los servicios de los guerrilleros, son los ejércitos regulares los que ganan las guerras. Siempre ha sido así. La guerra de vuestra Independencia la decidieron Castaños y Wellington. El Gobierno del Frente Popular, con la ayuda de todos los trabajadores organizados está creando el Ejército del pueblo, instrumento de la victoria... Ahí está tu lugar, Morales... Allí tenéis un puesto los que aquí sobráis, camaradas.»

«—Pero antes de marcharnos volaremos un tren. Yo no me voy sin volar un tren.»

Era «el Morao» quien hablaba de ese modo.

El de la cara de chino le dijo:

«—Lo que hay que aprender para pertenecer a los Invisibles, es esto: primero, callar; segundo, obedecer ciegamente, o saber mandar imperiosamente; tercero, no tener nervios; cuarto, aprender a esconderse; quinto, despedirse de la vida.

«—¿Nada más?—» insistió «el Morao»,

Los ojillos del Invisible se animaron con dos llamitas, su boca inició un mohín nervioso, que resultó sonrisa. Y contestó:

«—¡Y hacerse con una cajita misteriosa! Así volaba los trenes Pancho Villa.»

«—¿Tú me la proporcionarás?»

«—Siempre que sea necesario.»

La Nochebuena fue para los del Potrenque como un faro luminoso en las tinieblas.

VIII

El tren de los italianos. —¡Medellín!

A fines del mes de enero de 1937, las carreteras de Extremadura se llenaron de ronquidos de Fíats, trepidar de Balillas y densas nubes del polvo que levantaban millares y millares de neumáticos Pirelli. Las columnas motorizadas de los generales fascistas Mancini y Bergonzoli marchaban cantando hacia su ruta de Guadalajara. Paralelamente, largos convoyes conducían por las líneas Férreas inmensas cantidades de material de guerra salido de los parques italianos para que las divisiones «Littorio» y «Flechas Negras» aplastasen a los irreductibles defensores de Madrid.

«El Morao», «el Teto» y Aquilino Bocho aprovecharon bien las lecciones que les dieron los Invisibles. Desde la Nochebuena operaron en dos grupos, dentro de una disciplina de hierro, con buen armamento y siguiendo planes previamente estudiados en sus menores detalles. Habían aprendido, ante todo, el valor del silencio y el arte del disimulo y del disfraz.

Penetrar en los pueblos ocupados por los facciosos era para ellos empresa sencilla. Nunca les faltaban salvoconductos fascistas auténticos. ¿De qué arte se valía para procurárselos el hombrecito de cara de chino, que hablaba el español con acento cantarín de azteca? Los guerrilleros no lo sabían y se guardaban bien de preguntárselo.

Y llegó, al fin, el día que esperaba con tantas ansias «el Morao». Un grupo de guerrilleros, al mando de cierto camarada de un pueblo de Cáceres, recibió instrucciones para volar un tren que pasaría determinada noche cargado de hombres y de material italiano. «El Morao» salió con su fusil en bandolera, pero además del fusil, iba cargado con dos cajas misteriosas. Jamás había montado sobre su zaino con mayor orgullo. Nunca madre cogió en sus manos al hijo recién nacido con tanto mimo como «el Morao» tomó de las de su maestro los artefactos que le habían de servir para realizar su sueño dorado.

Tres días anduvieron los guerrilleros escalando cimas y cruzando valles, en marchas y contramarchas, hasta llegar a la zona de acción que les habla sido señalada. Esperaron la noche ocultos en un olivar.

«El Morao» había aprendido a dominar sus nervios, pero cuando la luz del día empezó a menguar y el crepúsculo se fue espesando hasta convertirse en tinieblas, parecía acometido de hormiguillo.

Se hizo de noche. La luna dibujó su palidez en dos líneas paralelas sobre los rieles de acero. Dos guerrilleros se escurrieron por entre los olivos hasta la curva que formaba a su derecha la línea férrea; otros dos fueron a situarse un kilómetro más abajo, hacia la izquierda. Brilló, como luciérnaga lejana, y se apagó en seguida, una linterna; otra le contestó a distancia con un leve parpadeo. Los escuchas estaban en su sitio.

Entonces avanzaron hacia la línea férrea «el Morao», «el Teto» y Aquilino Bocho. Estos últimos llevaban azadón y pico; «el Morao» no quiso confiar a nadie sus dos cajas misteriosas. Le habían dicho que iban cargadas de trilita; pero él estaba seguro de que iba encerrado en ella su propio corazón, hirviendo en odio contra civiles, falangistas, italianos y alemanes. Volarían todos cuando estallase el corazón del joven guerrillero.



«El Morao» salió con su fusil en bandolera...

«El Teto» y Aquilino abrieron un hoyo debajo del rail, entre dos traviesas. «El Morao» metió en él una de las cajas, de manera que la parte inferior del rail hiciese contacto con la cabeza de una varilla que sobresalía de la caja.

Asentó bien ésta sobre unos pedruscos y colocó un papel doblado entre la varilla y el rail, a fin de que no quedase entre ambos el menor intersticio. En cuanto la vía cediese un milímetro bajo el peso de la máquina del tren, oprimiría la varilla y funcionaría la pila eléctrica que llevaba dentro. Entonces se produciría la deflagración de la carga de trilita. A unos metros de distancia, bajo el otro rail, colocó «el Morao» la otra caja, unida por un hilo metálico a la primera.

—¿Estas seguro de que lo has hecho bien?— preguntó «el Teto».

—¡Ojalá estuviese tan seguro de que el primer tren que pase ha de venir abarrotado de fascistas!

«El Teto» hizo dos guiños con su linterna, uno a los escuchas de la derecha y otro a los de la izquierda, y se retiró con sus compañeros hacia el olivar. ...

Pasaron diez minutos. Aquellos hombres, curtidos en el peligro, parecían desazonados. En el silencio de la noche, claveteado de estridencias monótonas por millares de grillos, podían oírse los latidos tumultuosos de los corazones de los guerrilleros.

«El Teto» les habló anhelante:

—Mucho hemos sufrido en estos meses, pero de esta nos vamos a cobrar con intereses. Dentro de unos minutos pasará un tren cargado de cañones, munición y soldados italianos. Lo sabemos de buena fuente. Van a ayudar a los fascistas de Queipo a tomar Madrid. Pero no han contado con los guerrilleros rojos.

Se expresaba «el Teto» con la sencilla petulancia de quien, desconociendo las fuerzas del enemigo, tiene confianza ilimitada en su propia fortaleza. El afán de hazañas desmesuradas fue siempre una característica de los extremeños. Cuenta un historiador de la conquista de América que tres anónimos compatriotas de Cortés y de Pizarro se separaron de sus compañeros para lanzarse por su cuenta a la conquista de reinos y países. Subieron a la cumbre de una montaña desde la que se dominaba una región magnífica. De pronto exclamó uno de los tres: ¡Qué lástima que seamos tantos! Los otros dos contestaron al unísono: ¡Qué lástima! El primero siguió diciendo: De haber sido yo solo hablarían de mi las historias como de Alejandro o del Gran Turco. Dividida entre los tres la gloria nos va a tocar a poco.

Los guerrilleros de Extremadura se creían capaces de acabar ellos solos con Franco, Mussolini y Queipo juntos.

A lo lejos, muy tenue, se oyó el pitido de una locomotora. Todos pusieron el alma en el oído. El rítmico chaca-chaca, chaca-chaca, chaca-chaca, del vapor en presión, rozó primero sus tímpanos como zumbido tenue, los sacudió luego con jadeos de monstruo apocalíptico, los hizo vibrar, en fin, con su torbellino estruendoso de volcán en marcha.

—¡Ya está ahí!— gritaron todos a una, como ebrios.

La locomotora asomó su cabeza de unicornio por la curva de la vía. Se escuchó el estruendo de los rodajes y el entrechocar brutal de los topes de los vagones.

Los guerrilleros contuvieron la respiración.

—¡Ahora!— gimió con voz agarrotada «el Morao», que tenía la vista clavada en un punto de la línea férrea.

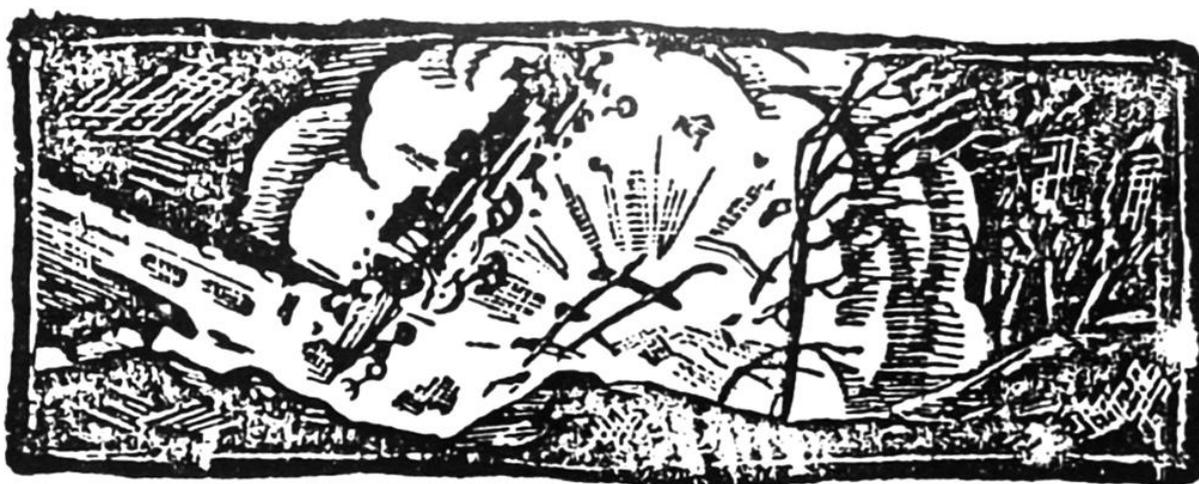
Fué cosa de segundos. Las ruedas de la locomotora pisaron el rail; éste oprimió la cabeza de la varilla de contacto, la corriente eléctrica inflamó las cargas explosivas... Se oyeron dos estruendos envueltos en inmensa llamarada que dibujó la silueta del tren; éste se combó hacia arriba y se rompió en pedazos. Algunos vagones volaron por los aires, como horrenda vomitona de volcán; otros quedaron tumbados, hechos astillas, convertidos en puro esqueleto.

Las dos primeras explosiones se engarzaron con otras más pequeñas producidas por el estallido de las cajas de munición italiana. Empezaron a arder las maderas, y los guerrilleros pudieron ver, a la luz del incendio, atroces siluetas de hombres que corrían alocados en todas direcciones. Para aumentar el terror y la confusión iniciaron «el Teto» y «el Morao» un espantable tiroteo con sus fusiles ametralladores.

• •

Podía tenerse por seguro que aquel acto de audacia haría desbordar la cólera de los generales traidores y que éstos movilizarían todas las columnas que fuese preciso para acabar con los guerrilleros del Potrenque. La voladura del tren de los italianos era un digno remate de seis meses de lucha heroica.

Los guerrilleros celebraron consejo. La opinión fue unánime: no había más remedio que buscar el boquete menos peligroso para pasar a las filas del ejército leal. Medellín era el más indicado. En la Sierra de Yelves, al este del famoso puente romano, tenían las fuerzas de la República sus avanzadas, amenazando a Santa Amalia.



...inmensa llamarada iluminó la silueta del tren...

Decidieron llevar a cabo la retirada en tres etapas: de la Sierra del Potrenque a la Sierra de la Estena, de ésta a Sierra del Pajar y de aquí a Medellín.

El sargento Morales y Flores tomaron las más minuciosas precauciones para realizar con éxito aquella marcha audaz. Flores dirigió las operaciones de avituallamiento. Con el magro de los jamones de la última matanza, la provisión de queso y lo que pudiesen hallar por el camino se sostendrían durante tres días.

Las mujeres trabajaron con gran solicitud. Ya no eran sólo las cinco fugitivas de La Roca. Habían aumentado, de resultas de cierta aventura que tuvieron «el Morao» y «el Teto» durante una de sus correrías. Estaba el grupo de guerrilleros refrescando junto a una fuente cuando llegó, presa de angustias una mocita de quince años, hija de cierto confidente de los del Rincón de la Zagala, que vivía en un chozo con su mujer y sus cuatro hijos.

—Se han metido en nuestro chozo un brigada, un cabo y cuatro falangistas. Madre está que no puede más del susto. Le han dicho que nos van a fusilar, que ya saben que somos confidentes de los rojos. Yo me escapé en un descuido suyo para ir en busca de padre, que anda por el monte con el ható de ovejas.

—Muchachos —dijo «el Teto»—. Con cinco que vayamos, sobra. Se metieron por las trochas, para llegar cuanto antes. Se aproximaron al chozo, gateando cautelosos, «el Morao» se apostó entre unas chaparras, de cara a la puerta. «El Teto» aplicó el oído para escuchar.

Una voz bronca decía con sorna en el interior: «Echa, echa aceite a las coles, pero no te las comerás. Para cuando cuezan te habremos fusilado. A ti y a tus hijos.» Otra voz aguardentosa agregaba: «Es preciso acabar con toda esta mala ralea.» Les contestó un débil quejido de mujer: «No sé nada de todo lo que ustedes dicen. Mi hombre no está más que a su trabajo.» Pero la atajaron en el acto: «Mientes, grandísima guarra. Dinos en seguida dónde andan «el Morao» y Patricio el de Alburquerque. Aquí eran de venir hoy, lo sabemos. Vomítalo o te matamos sin más.» Subrayaron la amenaza con una bofetada.

—Aquí estamos, cabrones— gritó «el Teto», parapetado tras una encina, con el ojo puesto en la mira del fusil.

Salieron, como sabuesos que han tornado el viento de su presa, el brigada y el cabo de Falange. A pocos pasos de la puerta del chozo cayó este último. La bala que le envió «el Morao» le entró por la mitad de la frente, rompiéndole el cráneo con un crujido seco. «El Teto» vio pasar por delante de su fusil el cintillo multicolor de las condecoraciones del brigada; oprimió el gatillo y aquél se tambaleó, se agarró a unos arbustos y se derrumbó lentamente. Sus labios se movieron para decir las palabras rituales de los personajes de los melodramas: «Me han matao». Le salió el frío por el mismo corazón.

Los demás falangistas huyeron en busca de sus caballos, pero las balas de los guerrilleros corrían mucho más.

Una mujer, una mocita, cuatro chicos, cinco fusiles y seis caballos fue el botín que se llevaron aquel día los guerrilleros al castillo. El jefe de aquella familia no tardó en agregárseles.

Cuando Flores y el sargento Morales realizaban los últimos preparativos para emprender la marcha, se oyó a lo lejos un nutrido tiroteo. Era que los puestos avanzados de los guerrilleros contenían a una de las columnas movilizadas por los generales fascistas para coparlos. Hubo que emprender la marcha en seguida, aunque sin precipitaciones. Las mujeres montaron en varias borricas. Los niños, para mayor comodidad, fueron metidos en los serones.

Los rojos de la Zagala no se retiraron como fugitivos. En hábiles marchas y contramarchas despistaron al enemigo. Los grupos de retaguardia mantuvieron combate sin ceder un palmo de terreno, basta que llegó la noche. Entre tanto, el grueso de la columna había llegado a Sierra de la Estena, acampando en un viejo castillo restaurado que se alza en medio de una finca cuyas tapias miden varias decenas de kilómetros.

Pocas horas pudieron dedicar al descanso. Los pastores amigos vinieron a avisarles que la Guardia civil tenía tomados los portados y que se venía a marchas forzadas sobre el castillo una columna de varios centenares de fascistas. Los guerrilleros reanudaron la marcha con el mayor sigilo, rompieron la tapia de la finca y escalaron las alturas de la sierra, tomando posiciones ventajosas.

Los fascistas se limitaron a atacar desde lejos, sin atreverse a ir al asalto de las cimas. Los guerrilleros, al amparo de una ligera cortina de tiradores que quedó a retaguardia, emprendieron la marcha hacia la Sierra del Pajar. Había corrido por aquellos pueblos la voz de su llegada. Los campesinos acudían a ofrecerles cuanto tenían.



...—Aquí estamos, cabrones,—gritó «El Teto» parapetado tras una encina...

Cuarenta jóvenes trabajadores que habían recibido la orden de incorporarse al ejército faccioso, por encontrarse en edad militar, prefirieron incorporarse a los guerrilleros y luchar junto a sus hermanos.

La última etapa era, sin duda, la más peligrosa. Requería valor y serenidad. Cierta contrabandista, muy práctico en las trochas y vericuetos de la comarca, se encargó de guiarlos. Acostumbrado desde joven a jugarse la vida por dinero, no titubeó en arriesgarla una vez más por la suma de mil pesetas. Todavía debe de andar por la raya de Portugal sirviendo por turno a los emigrados rojos y a los asesinos fascistas caídos en desgracia, cuando huyen de la cólera de Queipo o del puñal de Agustín Ramos.

Se pusieron en camino al obscurecer. La esperanza de verse al día siguiente en la zona defendida por los Milicianos del Pueblo ponía alas en los pies de aquellos hombres y mujeres. Varias horas caminaron por apartados vericuetos, salvando montes y cruzando campos cultivados. De pronto salieron a la carretera y avanzaron por ella con precaución. Aunque los fascistas se encerraban en los pueblos una vez obscurecido, aquella noche vigiaban.

«El Teto», Morales y Flores, al frente de un nutrido grupo de valientes, atacaron al destacamento de guardias civiles, mientras las mujeres y los hombres desarmados se echaban otra vez a campo traviesa, guiados por el contrabandista. «El Morao» y tres compañeros más se deslizaron por entre las sombras de un olivar, con el propósito de atacar por la espalda al enemigo. La noche se pobló de fogonazos, explosiones y lamentos. La Guardia civil sintió de pronto el estruendo de las bombas de «el Morao», que estallaron en medio de los camiones, causando gran destrozo. Entonces aquél se dio a la fuga, perseguido desde ambos lados de la carretera por el fuego graneado de los guerrilleros. En el calor de la pelea, los grupos perdieron contacto entre sí. Cayó herido el pastor a cuya familia habían salvado tan oportunamente «el Teto» y «el Morao», cuando los falangistas invadieron su chozo. La mujer no quiso dejar abandonado a su compañero. A la mañana siguiente fueron encontrados por la Guardia civil y muertos a bayonetazos.

«El Morao» y sus tres compañeros se dejaron guiar por su instinto de guerrilleros y fueron a parar cerca del río Guadiana.

A medianoche atravesó la columna el río Burdalo y se adelantó de nuevo hacia la carretera, en busca de los puestos avanzados de los milicianos del sector de Medellín. Pasaron a un centenar de metros de un cortijo en el que había guardia enemiga. Nadie los barruntó. Cuando ya el contrabandista tuvo la seguridad de encontrarse cerca de un puesto de milicianos, se adelantó «el Teto» y gritó: «¡Camaradas!» Una voz le contestó: «¿Quién eres? ¿Vienes a pasarte?» La voz de «el Teto» replicó, temblorosa de gozo: «Sí, con los doscientos guerrilleros rojos de la Sierra del Potrenque.»

Los milicianos que defendían Medellín eran campesinos de la provincia, que conocían las hazañas de los guerrilleros. Todos los hombres saltaron a un tiempo del parapeto. Se adelantó en la oscuridad el grupo de las mujeres y de los niños. «Camaradas... camaradas.» En el recato de las tinieblas corrieron sin medida las lágrimas de las libertadas. Funcionó el teléfono de campaña que unía el puesto avanzado con la Comandancia de Medellín. Inmediatamente salió un escuadrón para cubrir la carretera de Santa Amalia hasta el puente romano.

A las dos de la madrugada desembocó la columna de los libertados en la ancha travesía, a cuyos lados se alinean los edificios de Medellín. Todo el pueblo estaba en la calle; todas las luces estaban encendidas. Las compañías de milicianos se agolpaban en la curva que hace la carretera al salir del puente, debajo del castillo.

A medida que avanzaban los guerrilleros, encuadrando con sus fusiles al grupo inerme de las mujeres y los niños, surgían las exclamaciones de compasión y de afecto fraternal. Aquellos tres días de marchas y de combates

habían puesto en los rostros de las mujeres la expresión recelosa de la fiera acosada, y habían endurecido todavía más las caras de los hombres, hasta hacerlas espantables. Las casas de Medellín se abrieron para dar hospitalidad a quienes lo habían perdido todo, salvo su fe socialista y su resolución de luchar hasta la muerte contra el fascismo.

Pero, de pronto, corrió de boca en boca una voz que trastornó a todos los libertados: «¡«El Morao», con varios compañeros, ha desaparecido!»

Cuando Morales, Flores, «el Teto» y Aquilino Bocho fueron a presentarse al comandante de Medellín, se dieron cuenta de que su fiel cantarada no estaba entre ellos. ¿Qué habla sido de él?

De todas las bocas surgió la misma exclamación: «¡Hay que ir a buscarlos!»

«El Teto» ordenó que todos los guerrilleros estuviesen listos para repasar el Guadiana al rayar el alba.

• •

Mientras se sucedían en Medellín estas escenas de alborozo y de solidaridad proletaria, «el Morao» y sus tres compañeros se deslizaban en la oscuridad de la noche, guiados por su instinto, en busca del río Guadiana, porque sabían que en la orilla izquierda del mismo estaba su salvación. Tras mucho andar, divisaron el cauce anchuroso. «El Morao» hubiera podido salvarlo a nado, pero sus tres compañeros eran incapaces de sostenerse a flote. Se metieron en un chozo y se durmieron. Estaban rendidos de fatiga. Cuando despertaron, el sol lucía muy alto en el cielo.

Oyeron voces. Instintivamente cogieron los fusiles y se echaron fuera. En dirección al chozo venían seis hombres, al parecer desarmados. Les dejaron acercarse. El más decidido del grupo se adelantó no sin cierto recelo» y dijo: «¿Qué os pasa?» «El Morao» contestó: «Nos hemos descarriado... ¿Queréis entrar?» «No, vamos a la labor.» El guerrillero sacó su petaca; «Echad un cigarro.»

Mientras el desconocido liaba un pitillo, «el Morao» le preguntó: «¿Dónde estamos?» «Aquel pueblo que veis allí es San Pedro de Mérida.» El guerrillero dejó caer la frase de peligro: «El caso es que nosotros queremos pasar el río.» El desconocido echó lentamente una bocanada de humo, calló un momento y dijo al cabo: «Lo barrunté.» Yo os guiaría, pero es mucho el compromiso. Tirad Guadiana arriba y encontraréis, a tres leguas escasas, un molino. Allí es fácil pasar el río; antes había una barca.»

Los cuatro guerrilleros esperaron a que el grupo de extraños se perdiese de vista. Entonces echaron a andar, amparándose en los repliegues del terreno y ocultándose en los olivares. Serían las once de la mañana cuando llegaron al molino. Los edificios estaban deshabitados. Buscaron inútilmente la barca. La corriente del río se dividía, formando una isla. El cauce era profundo y el río venía crecido. Los compañeros de «el Morao» no se decidieron a lanzarse al agua.

De pronto, se alzó en el horizonte una gran polvareda. «Estamos perdidos. Allí viene una columna de fascistas», dijo un guerrillero.

«El Morao» tomó rápidamente su resolución: «Ocultémonos en la guardilla del molino. Es posible que no vengan por nosotros.» Cuando estuvieron arriba siguió diciendo: «Hagamos recuento de las herramientas.» En total disponían de tres fusiles y unas cuantas bombas fabricadas por «el Morao». Este colocó estratégicamente a sus hombres, uno en cada ventana; él, con una bomba preparada en la mano, se agazapó en lo alto de la escalera. «Nadie abra fuego hasta que yo lo mande.»

Se oyeron cerca las voces de mando de los oficiales enemigos. El comandante de las fuerzas fascistas las dispuso en torno al molino.

«Son lo menos quinientos», exclamó un guerrillero. «Vienen por nosotros, no cabe duda. El cabrón aquel del chozo les ha dado el soplo.»

«Pues antes de que nos maten ellos, tumbaremos nosotros a todos los que podamos», gruñó «el Morao».

El comandante de la columna se destacó hacia el molino, escoltado por dos tenientes, un sargento y algunos soldados de confianza. «No disparar», susurró «el Morao». El grupo enemigo revisó la parte baja del edificio. Los guerrilleros tenían el alma puesta en los oídos.

«Aquí no hay rastro de nada», gruñó malhumorado uno de los oficiales. Pero en aquel instante, en un acceso de nerviosidad, tosió un guerrillero. El comandante subió algunas escaleras y gritó imperiosamente: «Vengan las armas, que estáis cercados.»

Dos tiros de fusil y una bomba de mano fueron la contestación que recibió. Los oficiales y el grupo de escolta se echaron fuera, dejando regueros de sangre. Junto a la puerta cayó muerto un teniente; al pie de la escalera quedó abandonado un mosquetón. Uno de los guerrilleros se hizo con él. Ya estaban todos convenientemente armados.

El combate se trabó en el acto: ¡cuatro contra quinientos! Si la columna facciosa hubiese estado compuesta de gente aguerrida, los cuatro guerrilleros habrían sucumbido pronto, a pesar de su resolución de vender caras sus vidas. Pero los señoritos falangistas y los soldados enrolados a la fuerza en las filas de Franco, no estaban para jugarse la piel, así como así. Era inútil que los oficiales se desgañitasen gritando: ¡Adelante! Sobre todo uno que

caracoleaba fanfarrón en su caballo jerezano. «El Morao» lo perseguía hacía un rato con el ojo pegado a la mira de su fusil. De pronto apretó el gatillo y el oficial soltó las riendas; el caballo dio un corcovo y despidió con violencia al jinete. Allí quedó su cadáver sin que los demás hiciesen nada por rescatarlo.

Después de un rato de tremendo tiroteo, avanzaron las compañías al asalto. Los fusiles de los cuatro guerrilleros metían las balas como puñaladas. Pero la hecatombe se produjo cuando los asaltantes se abalanzaron en tropel hacia la puerta del molino. ¡Una! ¡Dos! ¡Tres!



¡Volveremos!

Las bombas de mano de «el Morao» estallaron con estruendo horrísono entre el grupo. Los fascistas huyeron a la desbandada. El suelo quedó sembrado de muertos y heridos.

Los guerrilleros respiraron. «Si nos sostenemos hasta la noche estamos salvados», dijo «el Morao».

Pero aquella esperanza quedó pronto defraudada. No habrían transcurrido dos horas cuando un obús del siete y medio vino a estallar con estrépito en la planta baja del edificio, después de abrir ancho boquete en el muro. Y en seguida otro, y otro, y otro más. Para reducir a aquellos cuatro valientes habían traído los fascistas un cañón. «¡Si al menos se pusiesen a tiro de fusil», gemía «el Morao».

La situación se hacía insostenible. El edificio iba quedando, poco a poco, hecho una ruina. Por verdadera suerte, ninguno de los guerrilleros había recibido heridas de consideración. Deliberaron. Era llegado el momento de las grandes resoluciones. «El Morao» no despegó los labios. Para él no había problema: atravesaría a nado el Guadiana. Pero ¿los demás? «Cada cual a su suerte», fue la resolución que adoptaron. Los que no sabían nadar procurarían deslizarse por la orilla del río sin ser vistos. «El Morao» lo cruzaría para dar la alarma en Medellín, para que acudiesen en socorro de los rezagados

«Suerte», fue la palabra de despedida. «El Morao» aprovechó la humareda y el polvo levantado por la explosión de un obús, escondió su fusil entre unos juncos y se lanzó vestido al río. Llegó a la isla, se ocultó entre los arbustos y se volvió a mirar hacia el molino. Sin razón alguna aparente, la columna de fascistas iniciaba una retirada que tenía visos de fuga. «El Morao» se echó al agua y repasó el río.

La alegría de los cuatro guerrilleros se completó con la aparición de un escuadrón de caballería leal, a cuyo frente venía «el Teto», con Flores y los más valientes guerrilleros del Castillo de la Zagala.

«¡Muchachos!, gritó Flores. Salimos a buscaros en cuanto notamos vuestra falta. Oímos fuego de cañon y ya le dije al comandante: «Ese diablo de «el Morao» les ha obligado a sacar la artillería. Habrá empezado a tirar bombas de las suyas y los fascistas habrán pensado: «Son los cañones del Castillo de la Zagala.»

Llegaron al puente romano de Medellín antes de oscurecer. «El Morao», «El Teto», Flores, Aquilino Bocho y Patricio, el de Albuquerque, los últimos.

Cuando cruzaban sobre el arco más alto, «el Morao» volvió grupas a su caballo y gritó con el puño enhiesto y mirando al oeste: «¡Volveremos!» Todos los guerrilleros repitieron el grito como un desafío y como un acto de fe en la victoria: «¡Volveremos!»

Para desesperación de Agustín Ramos, de los señoritos y de Qneipo de Llano, volvieron. Pero esto pertenece ya a otra historia que no se ha escrito porque aún está haciéndose





Precio:
3'50 ptas.

EDICIONES ESPAÑOLAS
Av. 14 de Abril, 556 - Barcelona